

Novelas Katharsis



JOSÉ
MIGUEL
GARCÍA
MARTÍN

“EL PELÍCANO”
(UNA NOVELA URBANA)

Premio Finalista del «I Premio de Novela Corta Katharsis» |
Serie Lecturas Premiadas

EL PELÍCANO

(Una novela urbana)

José Miguel García Martín



Esta novela fue premiada con el Premio Finalista del

«I Premio de Novela Corta Katharsis»

Uno

Una tarde, de pronto, advirtió que todas sus expectativas estaban cifradas en el partido del próximo sábado. Desde hacía varias semanas, la mayor parte de sus pensamientos pasaban por aquella fecha, 26 de agosto, y aquella hora, 9 de la noche, en que se enfrentarían entre sí los dos equipos de la ciudad, retransmitido por televisión, en abierto, para todo el país. ¡La gran cita! Los comentaristas deportivos llevaban meses analizando las estadísticas, el estado físico y anímico de ambos conjuntos, el historial del árbitro; conjeturaban sobre posibles alineaciones y, los que eran más afectos a unos u otros colores, aventuraban un resultado y hasta celebraban por anticipado una victoria. En los periódicos, cada mañana, se ofrecían gráficos, esquemas, entrevistas y pequeñas anécdotas históricas: ¿sabría usted decir quién marcó el primer gol en el nuevo estadio, cuál fue el marcador más abultado o en qué año se jugó el derby bajo la nieve?; todas esas anécdotas las recortaba él cada mañana y las iba acumulando en un cajón de la cómoda, con el objetivo de, en un futuro, recopilarlas todas en un pequeño álbum.

Una tarde, después de comer, mientras se echaba en el sofá a dormir la siesta, advirtió de pronto que, en realidad, a él no le gustaba

tanto el fútbol. No lo había practicado de chaval, ni, como solían ufanarse los grandes aficionados, su padre le había llevado de la mano al estadio. Tampoco le habían vestido de crío con una camiseta adornada con un escudo, ni sabía recitar de memoria ninguna alineación. Por no saber, advirtió, ni siquiera sabía muy bien de qué jugaban, si centrales, medios o extremos, aquellos grandes jugadores que, según los periódicos, “habían forjado” la historia de su club. Le gustaba, sin embargo, la tensión previa al partido, la expectación de quienes le rodeaban en la grada y, una vez ya el balón en juego, el hecho de encontrarse en medio de algo probablemente histórico, de participar de alguna forma en lo que los periódicos, años más tarde, recordarían como aquel famoso 26 de agosto en que se llegaron a marcar diez goles, por ejemplo, en que hubo nada menos que siete expulsados, en que tal o cual delantero ingresó en la leyenda. Para tal ocasión había estado imaginando, a lo largo de varios meses, un plan completo, casi exhaustivo, que abarcaba desde la discusión previa sobre las alineaciones a la ronda de cervezas en las cercanías del estadio, en compañía de sus vecinos de localidad —ya prácticamente convertidos en amigos—; desde los gritos con que recibiría a ambos conjuntos cuando salieran del vestuario hasta algún que otro insulto que soltar a lo largo del encuentro; y por supuesto el final, para el que había incluso previsto, caso de que perdiera su equipo, una excusa relativa al arbitraje, la mala suerte o la tradicional “ayuda” de la Federación. Tenía cubierta, en fin, toda la jornada, y hasta los pensamientos, del sábado 26.

Una tarde, después de comer, mientras se quedaba adormilado sobre el sofá, descubrió, de pronto, que su vida apenas iba más allá de esa fecha. Que el domingo 27, después del sábado 26, se presentaba gris, triste y vacío como las últimas páginas de un libro. Quizás encontrará algo, siempre surge algo con que llenar el tiempo, seguramente el partido de vuelta, o el próximo choque del campeonato con un rival de nivel; sin embargo, sintió un escalofrío súbito al recordar aquella noticia que había leído hacía años y de la que tanto se había reído en su momento: el hinchas de la selección brasileña que, hundido por la derrota de su selección en el Mundial, había arrimado a su sien una pistola y se había descerrajado un tiro. “Hace falta ser muy estúpido para llegar a ese extremo”, recordaba haber dicho. “Muy estúpido o llevar una vida muy aburrida”, le había replicado su hermano.

Sacudido por ese brusco pensamiento, abrió los ojos y oyó entonces, en la terraza, un extraño sonido que no alcanzaba a identificar.

Dos

—Nombre:

—Perdón, ¿cómo dice?

—Su nombre:

—Manuel de las Heras Martín.

—Edad:

—Treinta y dos años.

—Domicilio:

—Calle del Abedul, 8. 5º F

—Profesión:

—¿Eso importa mucho? —preguntó tímidamente.

—Depende de para lo que haya venido. Si prefiere, de momento lo dejamos en blanco. Número de carnet:

El agente, al otro lado de la mesa, había dado un cuarto de vuelta a la silla giratoria, hasta colocarse frente a la pantalla del ordenador; había arrastrado luego el asiento unos centímetros, hasta encontrar la distancia adecuada; y después de entrelazar los dedos y practicar una especie de estiramiento conjunto de todo su tren superior, desde los hombros hasta las falanges, había comenzado con el preceptivo trámite de tomarle la filiación. Una vez completados los datos, se le quedó

mirando un tanto de perfil, con los dedos sobre el teclado, aguardando a que rompiera a hablar.

—Bueno, pues usted dirá.

—El caso es... —comenzó a decir, todavía intimidado por la amplitud de la sala, por los retratos y cárteles en las paredes, por la notoria gravedad de los casos que estaban denunciando, casi a voz en grito y con marcados aspavientos, en las mesas de al lado («¡esto no puede seguir así, señor agente!, póngalo ahí»; «y entonces me agredió, si señor, me agredió, hágalo constar»). Entraban y salían agentes, por lo común en parejas, por lo común también andando a grandes zancadas. Algunos (los motoristas de tráfico) calzaban altas botas de cuero, sostenían entre la mano y el codo el casco que se acababan de quitar y con la mano libre hacían horquilla para recolocarse el cabello; otros (los patrulleros de a pie) entraban resoplando por el calor, rascándose bajo la gorra y aflojándose un poco la corbata, o salían a gran velocidad, la atención puesta en ceñirse debidamente el correaje. Los agentes en tareas de burocracia cruzaban el espacio cargados de folios, carpetas, expedientes...; los policías de paisano sostenían en la boca, mordidas de una patilla, sus gafas de sol, mientras aguardaban a que la máquina expendedora de bebidas, tras feroz estruendo que estremecía toda la sala, dejara caer una lata de refresco.

Toda aquella actividad le había causado una profunda impresión desde que entró. El agente de la puerta, con voz hosca, le había dicho: «coja un papel con su número y aguarde ahí, que enseguida le atenderán». Tal vez estuviera molesto porque aún le quedaban varias

horas de aguantar a pie firme bajo el sol y junto al quicio de la puerta. En todo caso, y por lo que fuese, le pareció que le dirigía una larga mirada hostil mientras tomaba, efectivamente, un número y se sentaba en un sillón, bajo el aire acondicionado, a aguardar a que le llamaran.

Casi tanto como el fragor de la actividad, le había impresionado el aspecto de importancia, los rostros circunspectos y hasta compungidos con que aguardaba su turno la demás gente en la sala de espera. «Buenas tardes», murmuró mientras se deslizaba hacia un rincón, y apenas si le contestaron. Había un hombre muy delgado y como de cuarenta años que apretaba contra su ojo derecho un pañuelo de tela; junto a él una mujer oronda y mayor, en torno a los sesenta años, se agarraba nerviosamente al brazo de su acompañante, probablemente su hijo, como si estuviera en un continuo tris de desmayarse. Una joven de rasgos sudamericanos lloraba en silencio, abrazada a su bolso; un tipo fornido que frisaría los cincuenta se paseaba con aire iracundo de un lado a otro de la sala, haciendo sonar con gran estruendo el juego de llaves que guardaba en el bolsillo de su pantalón. Todos, en fin, como enseguida advirtió, tenían aspecto de haber acudido a la comisaría por asuntos gravísimos, mientras que lo que a él le impulsaba no podía incluirse ni mucho menos en la categoría de delito, ni siquiera en la de incidente, ni —cada vez iba descendiendo más en su consideración—, si le apuraban, en el rango de anécdota...

—Número quince, mesa tres —tronó un altavoz cuando ya estaba a punto de hacer un gurrño con el papel amarillo que había tomado a la entrada y largarse a su casa, para no importunar a nadie. Sacudido

por el eco de la megafonía, enarboló, sin embargo, el papel amarillo y se sumergió en el tráfago de la sala central, sorteando a los agentes que entraban y a los denunciantes que salían, hasta alcanzar la mesa número tres.

Nunca había estado en una comisaría, quitando allá el par de ocasiones en que había ido a renovar el DNI. Para aquellos trámites, al menos en su distrito, había habilitada una sala al efecto, y no era necesario introducirse en la sala central. Por ello fue que, impresionado por el revuelo de la comisaría, se sentó en una silla frente a la mesa y sólo salió de su asombro cuando el agente encargado de tomar nota de su denuncia le inquirió respecto al nombre.

Después de haber registrado sus datos, el agente estaba aguardando a que rompiese a hablar. Había puesto el policía las dos manos sobre el teclado, como palomas que dan vueltas por la plaza prestas a echar a volar, y aguardaba con un marcado semblante de resignación, cansancio, aburrimiento.

—Usted dirá.

—Pues verá: estaba yo hace un par de horas en mi casa, viendo la televisión...

El agente arrancó a teclear con un reflejo monótono, y a una velocidad rutinaria. Él alcanzaba a distinguir, aunque le quedara la pantalla un tanto esquinada, las palabras y los caracteres con que poco a poco iba cubriéndose la plantilla estándar:

En adelante el denunciante EXPONE QUE:

Hallándose en su domicilio, sito en la calle Abedul, 8, 5º F, a las 16:00 horas aproximadamente de hoy, habiendo concluido su jornada laboral, terminado el almuerzo cotidiano, y encontrándose el denunciante en el sofá en posición de reposo, fue sorprendido por un estruendo súbito proveniente de una estrecha terraza o amplio balcón al que el salón comedor de su vivienda se abre. Expone el denunciante que, debido al estado de somnolencia que en tal momento le embargaba, así como al elevado volumen del aparato televisor que se encontraba viendo desde el sofá, no acertó a distinguir en primera instancia a qué podía obedecer aquel ruido repentino. Según declara asimismo ante este agente, procedió de manera inmediata a disminuir, mediante un mando a distancia, el volumen del aparato televisor; efectuado lo cual, pasó el denunciante a prestar el oído, creyendo entonces distinguir, al otro lado del cristal, y proveniente de la ya dicha terraza estrecha o balcón grande, un sonido continuado y fricativo, similar en gran manera al rozar de una tela o al arrastrar de unos pasos. A consecuencia de dicho sonido, supuso el denunciante que había un sujeto, probablemente un ladrón allanador, moviéndose con sigilo por la terraza, con propósito cierto de acceder a la vivienda; en evitación de lo cual, tomó de encima de la mesa, donde se hallaban los restos del almuerzo, una pala salvamanteles, y armado de ella procedió a irrumpir de forma sorpresiva en la terraza, dispuesto a repeler una posible agresión. Se encontró entonces el denunciante, como sospechaba, con un intruso en su terraza o amplio balcón, silencioso,

quieto, y agazapado al pie de la barandilla. Pero para su sorpresa no se trataba de un ser humano sino de...

—Perdone, ¿cómo ha dicho usted?

—Un pelícano. Ya sabe: uno de esos pájaros con una bolsa bajo el pico.

—Un pelícano —repitió el agente.

—Sí, seguramente habrá visto usted alguno en fotos o en el cine. Es blanco, con el pico amarillo...

—Ya sé, ya sé lo que es un pelícano, claro está. Pero, si no me equivoco, se trata de un ave marina, ¿no?, o marítima, como se diga, que vive en las costas, y aquí estamos a más de trescientos kilómetros de la playa más cercana.

—Por eso, más que nada, me extrañó encontrarlo allí, hecho un ovillo.

—Ya. ¿Y no sospecha usted de alguna razón por la que pudiera haber ido a parar a su terraza?

—No tengo ni idea, de verdad. Llevo un par de horas dándole vueltas y no se me ocurre nada.

—¿No tendrá usted —le preguntó el agente mientras se llevaba la mano al mentón, fruncía el ceño y entornaba los ojos— algo en su terraza que pueda atraer la atención de un pelícano?

—¿Yo? No, señor. No que yo sepa, al menos.

—¿Está usted seguro? —insistió el otro, en lo que se pasaba la mano lentamente por la barbilla.

—Ya me hace dudar. Tengo en la terraza... pues, lo que todo el mundo: una bici de montaña envuelta con una tela, un par de platos de cerámica, una lámpara que imita un farol marino... —se quedó pensativo—. Pero no, no creo que esto atraiga a los pelícanos.

—Es decir, que fue a posarse en su terraza como se podía haber posado en la de cualquiera.

—Yo creo que sí.

—Bien —deshizo el agente su postura—. Continúe, por favor.

—El caso es que yo —prosiguió—, en un primer momento, me asusté. Es un pájaro, ya lo sabrá usted, bastante grande y, además, recogido así en una especie de bola contra las rejas de la barandilla, y con esa gran bolsa amarilla que parece un hacha o, por lo menos, un instrumento afilado, lo cierto es que impone bastante...

En vista de lo cual, el denunciante se deslizó sigilosamente, procurando hacer el menor ruido posible, hasta la cocina, donde, de un armario trastero, tomó una escoba y, con ella blandida, y siempre en actitud de sigilo, volvió a la pequeña terraza o amplio balcón. Desde el quicio de la puerta, y con extremo cuidado por si pudiera producirse una violenta reacción del animal, procedió, por medio del cepillo, a golpear suavemente en los flancos de éste, al objeto de que levantara el vuelo.

—¡Bicho! —le instigaba—, ¡bicho! —y luego le gritó: ¡tuuuso!, como espantaban a los perros en el pueblo de sus padres.

Pero el pelícano, pese a estas medidas, persistió en su postura y permaneció en su lugar.

—¿Le ocurre a usted algo?

Al hilo de la rememoración, había llegado al momento en que, acercándose cada vez más al animal, había tenido la cabeza de éste muy cerca de sí, y sus ojos se habían encontrado. En aquel momento, quedó impresionado por la extrema opacidad de la mirada del ave, por la profundidad insondable que se ocultaba detrás de sus negras, negrísimas pupilas. Era la misma laguna oscura, superficie salvaje, el mismo reflejo de una realidad distinta e incomprensible que tantas veces le había impresionado en los ojos de los caballos, cuando él acariciaba amorosamente su cuello, les hablaba al oído, frotaba su lomo, y ellos parecían durante unos segundos entenderle, discernir sus palabras, clavar su mirada en la suya para prestarle más atención, pero de pronto piafaban, giraban la cabeza y quedaban mirando al frente con indiferencia. Era el mismo fulgor abismal de los ojos de las vacas, un fulgor que, aun en el mismo momento de ser arrastradas al matadero, cuando incluso reculaban y mugían sobrecogidas de terror, cuando incluso parecían mirar de reojo buscando una postrer ayuda, se mantenía liso e invariable.

Era la misma mirada errante y neutra con que doblaban las rodillas los antílopes, cuando sobre su grupa y sobre su cuello se habían arracimado las hienas; la misma mirada indolente con que los

perros le observaban mientras él, con un palo en la mano, hacía ademán de tirárselo hacia un lado o el otro.

Eran, en fin, los ojos extraños, infinitamente ajenos y distantes, con que parecía mirarle su hermano Rafael cuando, tirado en el suelo, sufría de aquellas crisis epilépticas y él intentaba inútilmente consolarlo con palabras. Siempre se había sentido débil, desarmado e impotente ante miradas así.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó el agente.

—Sí, sí. Continúo.

Ante la imposibilidad de ahuyentar mediante golpes al animal, creyó oportuno el denunciante regresar al interior de la vivienda, devolver la escoba a su sitio y aguardar a que, por propia iniciativa, el ave abandonara su terraza. A lo cual estuvo atento primero desde la cocina, mientras procedía a fregar los platos, vasos, tenedores y cucharas empleados en la comida, y después desde el salón, a través del cristal, mientras tomaba una taza de café y fumaba un cigarrillo. Expone asimismo el denunciante que en varias ocasiones, agotada su paciencia, salió a la terraza e intentó, bien por medio de cacerolas y cucharas, con los que armaba un formidable estruendo, o bien por medio de la llama del encendedor, que ponía ante sus ojos, asustar al animal e incitarle a que levantara el vuelo, sin resultado positivo en ninguno de los casos...

—¡Joder con el pelícano! —(Jo-der-con-el-pe-lí-ca-no), murmuraba para sí mientras hacía por encender el mechero que, ya sin gas, solamente lanzaba unas cuantas chispas.

—Eso va a ser —se permitió intervenir el agente, alzando repentinamente las manos del teclado— que el animal está enfermo. Algo así como las ballenas que embarrancan en las playas para morir.

—Eso mismo he pensado yo. Enfermo o herido. Lo que es seguro es que está desorientado.

Transcurridas de esta manera dos horas, creyó oportuno al fin el denunciante llegarse a esta comisaría a denunciar el hecho ante la Policía Nacional.

—¿Eso es todo? —le preguntó el agente, con las manos en vilo sobre el teclado.

—Sí, creo que no se me ha olvidado nada.

—Bueno, pues... —y como palomas que revolotearan enérgicamente para plegar sus alas antes de posarse, el agente juntó sus manos y se las frotó durante unos segundos— ...creo que hay un pequeño problema —y, mientras se echaba hacia atrás en el asiento, llevó una mano a su cintura y con la otra tomó un bolígrafo que había sobre la mesa.

El denunciante contuvo un suspiro. Como hombre formado en la atención al público y los procedimientos burocráticos, sabía la

verdadera magnitud que se ocultaba tras la expresión «un pequeño problema».

—Resulta que —el agente había abandonado su posición lateral y ahora se enfrentaba a él, dando ligeros golpecitos, distraídamente, con el bolígrafo sobre la mesa— no es este el lugar apropiado para denunciar estos hechos. Quiero decir: ¿a usted le ha atacado el pelícano?

—No, realmente no. Llegó no sé cómo, imagino que volando, se acurrucó en mi terraza y no se ha movido de ahí en todo este tiempo, ni ha hecho intención de atacar.

—O sea, que no se ha producido ninguna agresión.

—Agresión, lo que se dice agresión, por su parte, no.

—¿Considera usted que corre peligro su integridad física, o la integridad física de sus vecinos, por la intrusión del animal?

—Ciertamente, creo que no.

—¿Ha hecho algún estropicio en la vivienda o teme usted que vaya a hacerlo?

—No.

—¿Ha echado en falta algún objeto de valor?

—Hombre, no he buscado, pero... —se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Entonces —dio el agente un golpe seco con el bolígrafo sobre la mesa y lo sostuvo luego en alto— estará conmigo en que una comisaría de la Policía Nacional no es el lugar idóneo para denunciar estos

hechos. Eso va a tener usted que ir... —y quedó unos segundos pensativo.

Esta vez contuvo el denunciante no sólo un suspiro, sino también un escalofrío, porque, como hombre avezado en trámites y papeleos, conocía la inmensidad que le aguardaba detrás de la expresión «esto va a tener usted que ir...», moderna fórmula del «vuelva usted mañana» de Larra, sólo que mejorada, perfeccionada, prolongada hasta englobar toda la parsimonia burocrática.

—Eso va a tener usted que ir —salió de su pequeño trance el agente— a la Policía Municipal, o a la Sociedad Protectora de Animales, o a Acción Salvaje, me parece que se llama, una asociación que protege a las especies silvestres. O llamar a los bomberos para que vayan a retirarlo, también es otra opción. En todo caso, aquí, en comisaría, lo único que podemos hacer es remitir su denuncia a la Policía Municipal para que ellos tomen las medidas que consideren oportunas.

—Pero el animal ha invadido mi propiedad, ¿no se dice así?

—Sí se dice así, pero no estamos ante un delito de allanamiento. Usted, por ejemplo, ¿llamaría a la Policía Nacional para que le espantara una araña que ha descubierto en la bañera?, ¿o para que le bajara un gato de un árbol?, o, para venirnos más al caso, ¿para que le quitara un nido de golondrinas bajo el alero?

—Pero esto es distinto. Ni usted ni yo conocemos las costumbres de estos pájaros. Igual se vuelve muy violento al cabo de las horas... Igual le da por atacar a los vecinos, o por romper la barandilla, o arremete de pronto contra el mobiliario urbano.

—Llame usted a los bomberos, ya le digo. Por lo demás, quién sabe, lo mismo cuando vuelva usted a su casa ya se ha marchado el animal, o se ha muerto, y menos problemas para todos, empezando por usted. En fin, siento no poder ayudarle más. Si es tan amable, no obstante, de firmar la denuncia para que se la transmitamos a la Policía Municipal.

—¿Y cuanto tardaría la Policía Municipal en actuar? Aproximadamente —matizó, ante el respingo y la apertura lenta de brazos con que el agente había acogido su pregunta.

—Eso no se lo puedo decir. Ya se hará usted cargo de que ahora, con el operativo previo al partido, la Policía Municipal dispondrá de muchos menos agentes. Todo esto teniendo en cuenta que consideren su denuncia. Nosotros, sencillamente, nos limitamos a transmitírsela. Ahora, si hace usted el favor...

Y hubo de aguardar unos momentos a que la impresora, con un suave bufido, expulsara una página de papel continuo. Cortó el agente, por la línea ya perforada, la página impresa, separó con mucho aparato y vuelo de hoja la parte autocopiativa, estampó en ambos papeles, original y copia, un sello de registro, y luego, muy ceremoniosamente, le tendió el bolígrafo para que firmara «aquí, donde pone “el denunciante”». Cosa que hizo con trazo calmoso, como él acostumbraba, acelerándose un poco al rematar la rúbrica. Le alargó entonces el agente la copia, «esto es para usted», y pulsó luego un pequeño interruptor bajo la mesa, por efecto de lo cual una pantalla que tenía a sus espaldas, un tanto elevada sobre su cabeza, parpadeó

unos instantes, antes de que surgiera, triunfante y luminoso, un nuevo número, el 17. «Número diecisiete, mesa tres», tronó una voz de mujer por la megafonía, mientras él, doblando cuidadosamente la copia de la denuncia que le habían dado, se dirigía hacia la salida.

—Adiós, buenas tardes —se despidió del guardia que hacía la puerta. «Nastardes», le respondió éste con desgana, fatigado ya sin duda por el servicio y por el calor que, aunque según avanzaba la tarde comenzaba a atenuarse, todavía seguía golpeando contra los rostros como un brutal aliento. A los pocos pasos, sintió que se deslizaba por su espalda un pequeño pero creciente hilo de sudor.

Tres

Apenas doblar la esquina tras la que se abría su calle, comenzó a alargar el cuello y a torcer un poco la cabeza, con el afán de ver, entre la maraña de letreros publicitarios y rótulos luminosos, entre los cables del tendido de la luz y del teléfono, entre la espesura de antenas parabólicas, aparatos de aire acondicionado, extractores de humo y dispositivos de alarma, algún indicio de que el pelícano seguía allí. «Pudiera ser —le había dicho el agente— que al volver a su casa el animal ya hubiera volado y fin del problema». «Ojalá fuera así —había venido repitiéndose durante todo el camino—, ojalá». Pero al cruzar al otro lado de la acera para distinguir mejor, entre la amalgama de terrazas y balcones, aquel que correspondía a su piso, advirtió con nitidez una mancha blanca, extraordinariamente blanca, o al menos así se lo pareció a él, que sobresalía entre los barrotes. Era solo una mota, una minucia entre todo aquel mar de acristalamientos, de pérgolas de aluminio, de chapas metálicas para preservar de la humedad, de tiras de cañizo, de tiestos también, de armarios, de trastos arrumbados, de bicicletas y jaulas, pero una mota que a él le brilló con extraordinaria nitidez y le hizo prorrumpir en una exclamación de disgusto.

—¡Ya es mala suerte, joder! ¡Con todos los pisos que hay...!

No cabía duda. Se había plantado justo enfrente de su portal y allí arriba, a la altura del quinto piso, estaba viendo una pequeña bola como de peluche o felpa blanca acariciada, flameada a veces, por la tórrida brisa estival. Creyó incluso apreciar cómo, a la caricia brusca de una vaharada de calor, de aquel burujo blanco se desprendía una pluma, una larga pluma que suavemente, tal que una hoja caída, en lento vaivén, iba perdiendo altura hasta acabar por depositarse sobre el toldo de una cafetería. Bajo este toldo, sentados en actitud desprevenida e indolente, varios clientes, niños incluso, paladeaban sus consumiciones.

—Al final, sucederá una catástrofe —se dijo para sí.

E impulsado por una súbita determinación, tomó de su bolsillo el teléfono móvil y, con feroz teclear, marcó el número de los bomberos.

—Emergencias del Ayuntamiento —dijeron con celeridad, cuando apenas si había cambiado el tono—. Buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Estoy llamando a los bomberos?

—Sí, diga, diga. ¿Qué desea? —era una voz masculina que, por la prisa con que se desenvolvía, parecía corresponder a un hombre interrumpido en mitad de una acuciante tarea.

—Bueno, verá usted, yo es que... ¿cómo se lo explicaría?

—Diga, diga —le instó el otro.

—El caso es que, verá... —titubeó; y luego, recuperando la decisión de repente, dijo: —se ha instalado en mi casa un pelícano.

—¿Un pelícano dice usted? ¿Un pájaro pelícano?

—Sí señor, un pájaro pelicano. Exactamente.

—Pero eso es imposible, un pelicano.

—No, oiga, imposible no, no es ninguna broma. Ha llegado, me figuro que volando, se ha posado en mi terraza, se ha hecho una bola, y ahí sigue sin moverse. ¿Le doy las señas para que vengan a llevárselo?

—Vamos por partes, ¿cómo que un pelicano? ¿Qué clase de pelicano?

—Pues no sé qué clase de pelicano. Un pelicano común.

—Así que un pelicano común. Y dice usted que ha llegado, sin saber cómo, a su terraza.

—Sin saber cómo no, ya le he dicho que seguramente habrá venido volando. Es lo más lógico, ¿no?

—O sea, que usted considera lógico que llegue un pelicano y se asiente en su terraza.

—No, no, yo no considero lógico eso, me ha entendido usted mal. Yo lo considero extrañísimo. Por eso les llamo. Porque, además de que el animal pueda estar enfermo y necesitar ayuda, considero que constituye un peligro para la población.

—¿En qué sentido?

—Hombre, en el sentido de que igual se trata de un animal de reacciones violentas que, cuando se pone nervioso, ataca a los viandantes; o en el sentido de que, enfermo como se encuentra, al intentar levantar el vuelo puede caer en la calzada sobre alguien.

—¿Y por qué supone usted que el animal está enfermo?

—Por su aspecto en general. De cualquier manera, estará conmigo en que venir a acurrucarse en la terraza de una gran ciudad del interior, a trescientos kilómetros de la costa, es señal de que el animal se encuentra, cuando menos, aturdido.

—Ya. Si me disculpa un momento, por favor, tengo por la otra línea una llamada de emergencia.

Y sin darle tiempo siquiera a objetar que la suya era también una llamada de emergencia, notó cómo, al instante, se pulsaba una tecla y era derivado hacia una línea de espera, donde salió a recibirle una mecánica, repetitiva y fatigosa melodía musical interpretada poco más que con un xilófono y una flauta. Allí estuvo, escuchándola distraídamente durante un par de minutos, mientras observaba cómo otras plumas del ave venían a caer también, en suave oscilar, sobre el toldo, los coches aparcados, el asfalto...

De pronto, sintió al otro lado del teléfono algo parecido a una crepitación, una ruptura, y por la línea se extendió («tu, tu; tu, tu; tu, tu...») el tono intermitente de la línea vacía. Tan rápidamente como se había interrumpido, intentó restablecer la comunicación, tecleando casi con nerviosismo.

—En estos momentos —le saludó una voz grabada, estándar para estos recibimientos—, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas. Por favor, permanezca a la espera —y volvieron luego a entretenerle con el mismo cargante concierto de xilófono y flauta.

—En estos momentos, todas nuestras líneas se encuentran ocupadas. Por favor, permanezca a la espera.

—En estos momentos, todas nuestras líneas... —por tres veces, y a intervalos regulares, hubo de escuchar aquel saludo biónico. Llegó a pensar que había ingresado en algo así como un bucle, una avería continuada, un callejón sin salida, hasta que, finalmente, aquella advertencia cibernética y monótona fue rasgada por una voz pudiera decirse humana y viva, que además le resultaba familiar y que casi recibió con alegría:

—Cuerpo de Bomberos del Ayuntamiento. Buenas tardes.

—Hola, buenas tardes. Mire, he llamado antes pero se ha cortado. Soy el que quería denunciar la presencia en su terraza...

—Ah, sí, el del pelícano.

—¿Cómo que «el del pelícano»? Vamos a ver si tenemos un poquito de respeto. Soy el ciudadano que ha llamado hace un momento para dar aviso de que en la terraza de su domicilio ha anidado un ave exótica, cuando menos extraña y probablemente peligrosa, para que ustedes actúen a la mayor brevedad posible. Esa es la frase correcta.

—Bien, entendido —concedió con cierta socarronería la voz al otro lado del hilo—. Pero, en definitiva, ¿qué es lo que usted quiere?

—Qué voy a querer. Que se lo lleven cuanto antes. Que me quiten el pelícano de en medio.

—¿Y cómo nos lo vamos a llevar? ¿Con una grúa? —insistía en la sorna su interlocutor—, ¿en brazos?

—O con una carretilla, ese ya no es mi problema. Cómo sea, pero llévenselo de mi terraza.

—Ya. ¿Ha informado usted del hecho a la Policía Municipal?

—Sí... bueno... —dudó unos segundos— ...a medias.

—¿Cómo que a medias?

—He dado parte del hecho, pero no ante la Policía Municipal, sino ante la Policía Nacional, que me ha asegurado que trasladará la denuncia.

—Pues mire usted, hasta que no se persone la Policía Municipal en su domicilio, estudie la situación y considere oportuna la presencia de una dotación de bomberos para que retiren el animal, nosotros no podemos efectuar una salida. En casos como éste, que no son de fundada urgencia, usted avisa a la Policía Municipal y la Policía Municipal, si lo cree necesario, nos avisa a nosotros, ese es el procedimiento.

—¿Y el que le anide a uno un pelícano en su terraza no es un caso de fundada urgencia?

—No exactamente. No creo que, como usted dice, sea un animal peligroso, ni que su presencia constituya una molestia de especial gravedad.

—Pero...

—Mire usted: avise a la Policía Municipal. Puede hacerlo por teléfono si quiere. Ahora mismo, mientras estamos aquí discutiendo, ya podría haberles llamado. Así que hágame caso, no se ponga usted nervioso, Avise a la Policía Municipal. Ellos ya se personarán en su domicilio y se encargarán del asunto, es así de sencillo, usted no tiene que preocuparse de nada más. ¿De acuerdo? Bien, pues buenas tardes.

Y con un seco chasquido volvió a quedar vacía la línea.

«Llamada terminada», rezaba en el visor.

Cuatro

Mientras aguardaba a que aquel concierto, esta vez de clarinete y gong, y aquella voz de mujer («En estos momentos, todas nuestras líneas...») fueran sustituidos por una voz física, corpórea, sustancial ante la que poder expresarse, se acordaba de su hermano Rafael.

—Tú es que eres tonto —solía decirle éste—. No te sabes imponer.

Porque su hermano Rafael tenía por norma, en organismos oficiales, bancos, estafetas de Correos, por supuesto en las consultas de los médicos, y hasta en los comercios pequeños y medianos, comenzar a resoplar, gruñir, dar voces, soltar blasfemias, e incluso pegar puñetazos contra las paredes, «montar el pollo» que se dice, cuando su asunto se complicaba más de lo debido o sencillamente le hacían guardar cola durante demasiado tiempo. Otras veces, en cambio, según la situación, lloriqueaba, imploraba, gemía, le exponía al funcionario, con voz lastimera, toda una ristra de catástrofes personales, y hasta juntaba las manos y amenazaba con hincarse de rodillas ante el mostrador. De un modo u otro, y a veces de los dos, conseguía su hermano —él lo había visto muchas veces— adelantarse en las filas, agilizar los papeles, ser atendido incluso por el director en persona.

—No falla —decía luego, a la salida. Y le guiñaba un ojo, pícaramente, al tiempo que se guardaba en la cartera el recibo, el resguardo, la copia o el parte de baja así obtenido.

«Yo que tú —podía casi oírle— me hubiera plantado en medio de la comisaría y de ahí no me hubiera movido ni Dios hasta que no me resolvieran lo del pelícano. Lo que pasa es que tú no te haces valer».

Y él, como tantas otras veces, hubiera pretextado una actitud de dignidad.

—No me hagas reír, hombre. La dignidad. Eso lo inventaron los terratenientes y los marqueses de hace dos siglos. Como no tenían otra cosa mejor que hacer, ni nada en lo que entretener el tiempo, se dedicaban a pasear con cara de asco y el cuerpo muy tieso, deseando en el fondo que alguno les pisara el callo para hacerse entonces los ofendidos y batirse en duelo. A los pobres ¿de qué nos sirve esa dignidad? De nada. Es un engaño, créeme. Nosotros tenemos que andar por la vida con una mano por el suelo, la otra por lo alto y la boca abierta, así, ahhh, para pillar todo lo que se pueda.

—¿Sí? ¿Sí?

Tan absorto estaba en el recuerdo de las palabras de su hermano que no advirtió el momento en que aquella voz artificial, que desde hacía largo rato le estaba manteniendo en espera, fue sustituida por una real, una voz de mujer que seguramente, desde hacía varios segundos, le estaba apremiando con aquellos síes para que comenzara a hablar.

—Oiga —se sacudió el estupor—, ¿es la Policía Municipal?

—Sí, diga.

Les contó lo sucedido.

—Un pelícano, muy bien. Pues ya he tomado nota y ahora mismo se lo comunico por radio a los agentes.

—Entonces ya vienen para acá, ¿verdad?

—Hombre, ya, ya... A la mayor brevedad posible. Hágase cargo de que —abandonó la mujer su tono burocrático e intentó tomar otro más cordial— en estos días, en pleno agosto y con eso del partido...

—Vamos, que espere sentado —en lo que hablaba por teléfono distinguió, al otro lado de la calzada, al conserje de su edificio, que estaba sacando los cubos de basura.

—Siento que lo entienda usted así, señor—retornó la mujer a su tono original, frío, administrativo. —Tenga en cuenta, sin embargo, que no estamos ante un caso de especial gravedad.

—Para usted desde luego que no. En fin, muchas gracias.

Colgó, se guardó el teléfono móvil en el bolsillo y fue a cruzar la calle para hablar con el conserje. Éste, después de tres viajes, ya había dispuesto sobre la acera, frente al inmueble, un buen número de contenedores grises y amarillos, y aún ascendía la cuesta del garaje arrastrando otros dos más, seguramente los últimos. «¡Gilipollas!», le gritaron desde un coche, porque había cruzado, se dio cuenta entonces, sin mirar.

—Ramiro, oiga, Ramiro —se dirigió hacia él.

—Rodrigo —le corrigió el conserje, sin detenerse en el arrastre de contenedores.

Tenía el conserje, aproximadamente, cincuenta años. Era grandón y algo barrigudo, se peinaba con mucho esmero hacia atrás y usaba unas gafas de montura anticuada. Era, o al menos así lo consideraba él, un tipo rudo, huraño y antipático en el trato, un hombre «seco», y en eso coincidían todos los vecinos con los que había hablado del asunto, porque tantas veces como se lo había encontrado fregando las escaleras, pasando el trapo por los cristales, o en el interior de su chiscón, rellenando autodefinidos; tantas veces como le había saludado con el protocolario «buenos días» o «buenas tardes» y luego le había soltado la chanza habitual: «no se esfuerce, si por más que frote los espejos vamos a salir muy feos», tantas veces como había, con una sonrisa forzada y aire de consternación, caminado de talones, o incluso practicado un salto de varios peldaños para salvar lo fregado, otras tantas el conserje había limitado su respuesta a un gruñido indefinible, sin articular, agrio.

—Eso, Rodrigo. ¿Sabe quién soy yo?

—Sí —respondió Rodrigo, mientras, con un particular golpetazo, señal inefable de que eran los últimos que tenía que arrastrar por ese día, colocaba aquellos contenedores junto a los demás y se frotaba las manos con especial fruición—. El propietario del 5º F.

—Exactamente. Pues verá, le voy a pedir que me haga un favor. Resulta que un pelícano...

—Esto... perdone usted, pero es que ya me iba.

Y se dio cuenta entonces de que no vestía mono azul de mecánico, como solía verle por las mañanas, ni traje gris muy bien planchado y

muy cuidadosamente hecho el nudo de la corbata, como se encerraba en su cuchitril por las tardes, sino ropa de calle, «de paisano», pantalón vaquero y camisa de rayas que le hacían parecer, si se fijaba uno bien, un tanto extraño, diferente, otro.

—Ya lo veo, pero es sólo un momento, de verdad. Como le decía, un pelícano se ha instalado en mi terraza y claro, en el fondo, eso es un tema que afecta a la comunidad...

—Sí, sí, pero es que, ¿sabe usted? —extendió el portero las manos y se encogió un tanto de hombros—, ha terminado mi jornada. Incluso salgo un poco tarde. Así que, si no le importa, mañana, a primera hora, vemos lo que sea.

—Le repito que es cosa de un minuto, créame. Un problema de nada, sobre todo para alguien como usted, que tendrá experiencia en estos pequeños accidentes domésticos. Subimos a mi casa y entre los dos, en un minuto, ya le digo, cargamos al animal en una cesta, en un barreño, o donde usted vea, y se lo llevamos al presidente, para que él decida. O, si le parece a usted mejor, lo bajamos a la calle, lo metemos en mi coche y me lo llevo personalmente a comisaría. Aunque ahora que lo pienso —y, en efecto, se detuvo a pensar durante unos segundos— no sé si cabría en el coche. Bueno, ya lo estudiaremos.

—Pero... —protestó por tercera vez el conserje.

—Nada, ya verá cómo enseguida, entre los dos, asunto solucionado. Cinco minutos, diez a lo sumo.

—Está bien, vamos, no vaya a ser que ocurra lo de la otra vez —y con gesto resignado echó el conserje a andar de vuelta al portal.

—¿Cómo «la otra vez»? —sobresaltado, de dos brincos adelantó al conserje y se puso delante de él, para detener su avance—. No me diga que ha habido más pelícanos...

—No, señor, no ha habido más pelícanos. Me refiero a la «otra vez» que un vecino me pidió que subiera a ayudarlo para un asunto personal, fuera de mi horario de trabajo. En ese caso creo que me necesitaba para reparar un grifo. También cosa de cinco o diez minutos. «Sin compromiso», «cuando acabe usted la portería», «descuide, que luego le daré una buena propina». Pero a mí no me dio la gana de subir a reparar nada y en la siguiente junta de propietarios estuvieron a punto de despedirme a propuesta de este vecino. Poco faltó para que acabara en el paro.

—Pero, Rodrigo, yo nunca haría una cosa así...

—Lo mismo decía este vecino. Es más, cuando alguna vez me lo encontraba en la cafetería había que oírle despotricar contra el gobierno, contra los bancos, contra los dueños de las empresas «que chupan la sangre al trabajador». Había que verle, sí, cómo se sulfuraba cuando en televisión aparecía algún político, cuando salían imágenes de guerra o cuando echaban algún documental sobre el hambre en África. «¡Qué vergüenza!», se ponía a clamar entonces. «¡Qué vergüenza!»

—Ya —bajó la mirada al suelo—. Entiendo —masculló mientras se rascaba la nuca—. Pues nada, lo dejamos para mañana, cuando tenga usted un hueco en sus tareas. ¿de acuerdo? Eso sí —dejó de rascarse y forzó una sonrisa que, de puro forzamiento, se le deslizó hacia un lado de la boca—, hacer autodefinidos no cuenta como tarea, eh —y

prolongó, ya totalmente descentrada, su sonrisa, en un intento por que aquellas últimas palabras flotaran en una vaga atmósfera de cordialidad.

El conserje recibió el mensaje, le prometió que al día siguiente, en cuanto tuviera un momento, subiría a ayudarlo y se alejó luego por la calle adelante.

Cinco

Vio al conserje doblar la esquina y consultó su reloj. Y media. Seguramente, si se apuraba, si conseguía pronto la dirección de Ayuda Salvaje a los animales silvestres, o como se llamara aquella asociación, y daba la suerte de que no estaba muy lejos de allí, aún estaba a tiempo de llegar, exponer la situación y no moverse de delante del empleado, entonces sí, como le había aleccionado su hermano, hasta que le dieran una solución a su problema. También cabía la posibilidad, ésta ya no tan sujeta a la hora, de plantarse en el cuartel de la Policía Municipal o en el parque de Bomberos y ponerse a protestar, vociferar, dar patadas en el suelo, hacer el energúmeno, en fin, hasta que distrajeran a unos agentes de las fiestas o dispusieran un camión completo para salir a toda velocidad, alterando el tráfico y sobresaltando a los vecinos con el ulular de la sirena. Y por supuesto, también le quedaba el recurso, asimismo a cualquier hora, de cargar con el pájaro y endosárselo al presidente de la comunidad, pues, al fin y al cabo, la terraza donde se había emplazado el animal era, según la ley de propiedad horizontal, un elemento común, aunque de uso privativo, y además en los estatutos de la comunidad estaba prohibida la tenencia de animales salvajes.

Todas aquellas opciones le restaban todavía, pero, de pronto, se sintió muy cansado, fatigado de la tensión creciente que, como una mano en la espalda, como un tipo que le empujara por detrás, le había llevado de un lado a otro, de la comisaría al cuartel, sin rumbo fijo y cada vez más rápido.

—Me rindo —murmuró para sí—. Yo ya he hecho todo lo que estaba en mi mano para evitar una posible catástrofe. Por mi parte, sólo me queda sentarme en el salón, todas las puertas y ventanas bien cerradas para que no entre el pájaro; y si acaso ocurre algo, nadie podrá acusarme de que no he dado aviso. Yo ya he cumplido.

Pero, según se había corroborado en su decisión, al pasar frente a la cafetería aledaña a su edificio, reparó en una enorme caja de cartón arrumbada a un lado de la puerta de emergencia, junto con otros trastos y embalajes. Era una caja de cartón cuadrada, amplia y alta como de un metro, donde, a primera hora de la mañana (él lo había visto alguna vez), llevaban el pan desde la panadería hasta el establecimiento. En efecto, cuando se acercó a examinarlo, vio que llevaba en uno de sus costados la etiqueta «Panificadora Gómez», y en su fondo conservaba numerosos médanos de migas de pan, auténticas dunas blancas y marrones que se apelotonaban contra paredes y esquinas.

Pese a la promesa que se había hecho de desentenderse del asunto, aquel cajón se le presentó como el receptáculo idóneo para el pelícano, como el cenacho ideal donde cargarlo y bajarlo a la calle. El cartón se palpaba recio; las secciones estaban muy bien unidas entre sí

mediante grapas gruesas; las paredes y fondos parecían resistentes. Incluso, a ojo, juraría que tenía las medidas apropiadas para contener al animal. Así que, aunque firme, firmísimo en su idea de no preocuparse más del asunto, consideró que no perdía nada, e incluso ganaba tiempo, si subía aquel cajón a su casa y lo dejaba en la cocina por si lo necesitaban los municipales, los bomberos, o quienquiera que finalmente acudiese a hacerse cargo del ave.

Miró a uno y otro lado, a lo largo de la terraza atestada de clientes y cubierta con un toldo —ese toldo y esos clientes contra los que él había temido, aún seguía temiendo, que fuera a precipitarse el pelícano en cualquier momento, al intentar alzar el vuelo o al escurrirse de su terraza. Se imaginaba incluso, con toda nitidez, la escena: un formidable estruendo; una amalgama de hierros, tela, cristales, plumas, sangre; una confusión de gritos, llantos y ayes; un bullicio de sirenas que se acercan... —. Al fin, acertó a distinguir a un camarero que salía del local cargado de vasos y platos sobre una bandeja.

—Perdone, ¿puedo llevarme esta caja? —le preguntó.

Pero el camarero, atento a llegar hasta su destino sorteando mesas sin que le derramase nada, no le hizo caso.

—Perdone, ¿puedo llevarme esta caja? —le preguntó a otro camarero que retornaba al bar con la bandeja bajo el brazo, pero toda su concentración puesta en la libreta donde anotaba los pedidos.

—Llévesela, llévesela si quiere —le respondió al fin desde la barra, mediante palabras y gestos, un tercer camarero que había sido testigo de sus infructuosos intentos por que le respondieran.

Así que tomó la caja, la asió de dificultosa manera, con un brazo estiradísimo y uno de los cantos clavado en su cadera, y reemprendió el camino hacia su portal. De pronto:

—¡Oiga!, ¡¿qué hace?! , ¡pero bueno!, ¡habrase visto!...

Y entendió que todas aquellas imprecaciones iban dirigidas contra él. Se volvió con lentitud, pues no de otra forma se lo permitía el transporte de la caja, y vio cómo el primero de los camareros, aquél que había pasado a su lado con la mirada fija en el frente y en que no se le cayera la bandeja, se dirigía hacia él amenazante, saltando casi por encima de los clientes.

—Suelte usted eso ahora mismo, que no es suyo. ¿Será posible el...?

—Déjalo, Andrés —se apresuró a intervenir, desde la puerta del local, el tercero de los camareros—, que le he dado permiso yo...

—Ah, bueno, vale, pues si le ha dado permiso él, lléveselo —concedió el camarero, y retornó al local para cantar el pedido de los clientes de sus mesas. Antes de ello, sin embargo, tuvo tiempo para decirle al camarero que había salido en su defensa, sin el menor recato por que él pudiera oírlo:

—¿Quién te manda a ti dejar que se lleven nada? Como corra la voz, en dos días nos vamos a encontrar todo esto lleno de gente escarbando en la basura, de pobretes y borrachos buscando cartones donde dormir...

Estuvo a punto de volverse para replicar, pero iba muy cargado con la caja. Llegó con ella al portal y subió en el ascensor. Con aquel

volumen, apenas si pudo maniobrar dentro de la cabina. Al fin consiguió pulsar el botón del quinto y aguardó, impaciente, a que se cerraran las puertas, cosa que no pudo ser a la primera porque un ángulo del cajón fue detectado por la célula fotoeléctrica y los paños volvieron a retroceder con exasperante lentitud. Al fin, al segundo intento, la puerta del ascensor se cerró, hubo un instante como de titubeo y luego, con el mismo bisbiseo suave que una brisa de verano, el aparato comenzó a ascender.

—Mira que si cuando llegue está muerto —se decía para sí, y se acordaba de las palabras del agente en la comisaría. «Sería mejor para todos», «menos complicaciones»... Se imaginaba incluso que abría la puerta, se asomaba a la terraza y allí estaba aquella bola de plumas blancas recogida más aún sobre sí misma, salvo la cabeza que, separada del gurullo, doblada, truncada, quebrada, caía exánime a un lado del cuerpo, los ojos cerrados y hasta las dos partes del pico atravesadas. Menos complicaciones, sí, porque con el animal vivo podían estar dándole largas durante un tiempo indeterminado: podían estar mandándole de un departamento a otro, de un negociado a otro; podían enredarse en largas disputas sobre a quién competía hacerse cargo del ave, y podían hasta exigirle pruebas, testimonios, comparencias para aclarar la situación y procedencia del animal. Y todo ello bajo la amenaza, posible e inminente, de que de pronto el ave se volviera agresiva y causara un estropicio. Con el pájaro muerto, sin embargo, sólo quedaba llamar al Departamento de Recogida de Animales y esperar a que vinieran, estos sí, de forma casi inmediata, a

retirar al animal sin demasiados trámites ni preguntas, so pena de que muy pronto, comenzara a pudrirse y apestar.

También existía la opción de, mucho más sencillamente, introducir el ave muerta en una de esas bolsas grandes de la comunidad y echarla a los cubos que acababa de sacar el portero. Meterla allí a presión, un mínimo de esfuerzo, y subir luego a casa tan tranquilo, atento todo lo más a que, a eso de las seis o siete de la mañana, cuando solía pasar el camión de la basura, se efectuara la transferencia sin novedad.

—Ojalá este muerto —iba diciéndose, pues, cuando el ascensor se detuvo en su planta—. Ojalá, ojalá.

Salió del ascensor al pasillo y recorrió éste cambiándose la caja, a cada pocos pasos, de una cadera a la otra. Una vez ya ante la puerta de su domicilio, comenzó a hurgarse nerviosamente en los bolsillos, en busca de las llaves. Un par de veces tuvo que recolocarse la caja sobre la cadera, mientras bufaba y gruñía porque no estaban las llaves en el bolsillo donde tanteaba. Al fin consiguió sacar y desplegar sobre la palma de su mano el juego de llaves, y tomar hábilmente con dos dedos la que correspondía a la puerta; pero a la hora de ir a insertarla en la cerradura se hizo un barullo entre el bulto que llevaba a la cadera, lo forzado de su posición, lo estrecho de la rendija... No tuvo finalmente más remedio que dejar la caja en el suelo para encajar entonces, con una exclamación de triunfo («¡ahooora!»), la llave en la cerradura; practicó luego, con bruscos giros de muñeca, las tres vueltas de cerrojo, echó a un lado la puerta y se abalanzó en el interior. Literalmente.

Porque al intentar empujar, aprovechando la apertura, la caja dentro mediante pequeños puntapiés, ésta tropezó con el felpudo, que actuó de tope, se le enredó entre las piernas y a punto estuvo de hacerle caer. Recuperado, no sabía cómo, el equilibrio, acabó por entrar todo, caja y felpudo, de una patada, y cerrar de una coz la puerta.

Se aproximó a la puerta de la terraza y, tras una profunda aspiración, salió. La tarde se espesaba sobre la ciudad; la luna, reluciente y plena, había tomado ya asiento a apenas un palmo de los edificios; los escasos cirros que parecían escalonarse en el horizonte brillaban con luz anaranjada. Olía fresco, diáfano, a aire límpido; corría una brisa suave en la que se mecían, alegres, los sonidos y las voces provenientes de varias calles más allá. Comenzaba, en fin, una hermosa noche de verano, propicia para la impresión, para la vivencia, para el recuerdo, «para la danza de los espíritus traviesos» había leído cierta vez.

El animal parecía a punto de expirar. Su cabeza, ladeada, reposaba sobre los baldosines de la terraza; el cuello vencido, casi tronchado. Por lo demás, ningún movimiento, ni el más mínimo aleteo se apreciaba en él. Solo su parpadear, lento, indicaba vida. Se acercó despacio, aunque de sobra se advertía que el ave, exangüe, sería incapaz de saltar o de hacer algún movimiento en su contra; se acuclilló a su lado y luego, no sabría decir por qué, llevó su mano (despacio, no obstante) al burujo de plumas, al pecho del animal, buscando la zona donde debía estar su corazón. Y allí, en efecto, sorprendido al principio por el tacto de aquella rara carne, notó que palpitaba, muy lentamente.

Luego, tampoco sabía por qué, llevó la mano a la cabeza del pájaro, que estaba tendida en el suelo y que ni siquiera ante la cercanía de la mano hizo intención de moverse; acarició su cráneo, tan extraño, tan pequeño; llevó la mano a sus alas y palpó, a través de las plumas, sus largos y finos huesos, sus breves articulaciones, todo ello recorrido por un suave pulsar...

De repente, movido por un impulso también incomprensible, se levantó, miró el reloj, murmuró: «todavía es posible» y se lanzó a la puerta de salida de la terraza. Tropezándose de nuevo con el cajón, que había dejado en el umbral, corrió luego hacia la puerta de la casa, y siguió después corriendo por el pasillo, hasta alcanzar el ascensor.

Seis

La mujer dirigía el chorro a presión de la manguera hacia el suelo, de lo que venía a formarse un turbulento reguero que lo arrastraba todo ante sí: papeles, colillas, raspas, escamas, hasta venir a desembocar y verterse por unas rejillas dispuestas en fila. Sobre este impetuoso y sonoro torrente, en el plano inclinado de un mostrador, unos cuantos pescados parecían haber quedado abandonados, despreciados, insultados sobre una cama de hielo y entre manojos de helechos. La mujer que manejaba la manguera se cubría, casi por entero, con un grueso y muy sucio mandilón a rayas negras y verdes, y calzaba unas altas botas negras de goma hasta más arriba de las rodillas; usaba guantes elásticos, así mismo cubiertos de sangre y restos de carne, y cubría su cabeza con un no menos sucio gorro blanco que recordaba vagamente al de las campesinas antiguas.

De pronto, el espacio se lleno de un estruendo metálico y acompasado.

—Ya está cerrado —grito; y, en efecto, el cierre de chapa, a su derecha, en el que habían golpeado, se encontraba bajado hasta casi la altura de los tobillos; y los tubos fluorescentes, sobre su cabeza, brillaban espaciados.

—Es una emergencia —dijeron al otro lado del cierre.

—¿Cómo que una emergencia?

—Sí, un caso urgente —insistieron con manifiesto nerviosismo.

—¿Un caso urgente? —masculló para sí la mujer mientras cerraba el torrencial grifo—; ¿qué caso urgente puede haber en una pescadería? —y levantó el cierre con un seco estrépito que, en gran medida, recordaba el paso de un tren.

Al otro lado había un individuo de mediana edad que aguardaba retorciéndose las manos y que, apenas tuvo acceso, se precipitó al interior. Sin embargo, una vez dentro, quedó como indeciso, como cohibido, como de pronto confuso mientras miraba con rápidos parpadeos el pescado expuesto sobre el mostrador.

—Usted dirá a qué vienen tantas prisas —le dijo la pescadera, restregándose los guantes mojados sobre el mandilón.

—Esto... —dudó el hombre, y al cabo de unos segundos respondió: —A lo mejor usted puede ayudarme. ¿Sabe qué come un pelícano?

—¿Un pelícano? ¿El pájaro ese del pico...?

—Exactamente; ¿sabe usted lo que come?

—Pues que yo sepa, pescado. ¿Qué va a comer si no? —respondió la pescadera.

—Ya, ya, claro, pero, ¿qué tipo de pescado?, ¿lo sabe usted?

—No lo sé. Cualquier tipo de pescado, imagino, no creo que sea muy exigente. Y supongo también que pescados pequeños, no va a comerse un atún o un besugo. Desde luego, el pescado tiene que ser

más pequeño que su cabeza, eso es fundamental —y le dedicó al hombre una sonrisa irónica.

—Claro, claro, es evidente. Y de pescados pequeños, ¿qué tiene usted?

—Pues tengo la sardina parrocha, la pescadilla también es pequeña, el boquerón, el jurel, el gallo de filetes, las bacaladillas están saliendo muy buenas, pero ahora no me quedan...

—La sardina me parece a mí que va a ser lo mejor. Además, es el pescado más barato, ¿verdad?

—Hombre, lo tengo todo a buen precio, pero sí, posiblemente...

—Decidido entonces, deme usted sardinas. Y otra pregunta que le quería hacer, como experta en el tema, ¿sabe usted cuánto viene a comer un pájaro de estos?

—¿Cómo que cuánto viene a comer?

—Sí, ¿un kilo, dos kilos...? Aproximadamente.

—Y yo qué sé. Qué preguntas me hace usted. Los pájaros comen... pues... como todo el mundo, hasta que ya no tienen más hambre...

—A ver si voy a pasarme y voy a matar al pobre de una indigestión.

—Ya, bueno, entonces ¿qué le pongo?, que tengo que cerrar. ¿Unas parrochas?

—Sí, por favor, si es usted tan amable. No sabe cómo se lo agradezco.

—¿Y cuánto le pongo al final? —preguntó la mujer, mientras abría la cámara frigorífica.

—Pues me va a poner usted... —comenzó a responder él mientras sacaba el dinero de sus bolsillos y lo contaba sobre la palma de la mano—... treinta y siete, no, treinta y nueve euros de sardinas.

—¿Pero usted se cree que esa es manera de comprar pescado? —asomó la pescadera la cabeza del interior de la cámara. —¿Por euros? ¿Cómo la gasolina?

—Usted perdone, ya sé que...

—Dios bendito, Dios bendito... —salió la mujer de la cámara refunfuñando, con una bandeja de plástico en sus manos. La dejó sobre el mostrador y luego extendió un grueso papel blanco sobre la balanza pesadora, tecleó furiosamente hasta que los dígitos quedaron a cero, y comenzó después a echar, a puñados, sardinas sobre la balanza. Se detenía a cada poco, para que pudieran estabilizarse los números. Al fin:

—...Y treinta y nueve, no... —dudó, con la mano en vilo sobre el montón, entre quitar o no lo sobrante; al final, se decidió a dejarlo—, cuarenta, ese euro va de regalo. ¿Quiere alguna cosa más?

—No, no, muchísimas gracias. No sabe usted, le repito, cuánto se lo agradezco.

—Treinta y nueve euros. No me quedan bolsas —dijo la mujer mientras le tendía el papel, al que había dado la forma de un cucurucho.

Siete

—Que no se haya muerto, que no se haya muerto —subía murmurando en el ascensor, al tiempo que procuraba, más bien infructuosamente, que el líquido que se escurría del cucurucho de papel (lo pusiera en la postura que lo pusiese) no cayera al suelo y enfangase la cabina del ascensor, con evidente engorro para el portero, que tendría que limpiarla al día siguiente.

Lo mismo procuró por el pasillo, mientras a paso de marcha se dirigía hacia su puerta. Sin embargo, para abrirla no tuvo más remedio que dejar el paquete en el suelo y buscar las llaves, con lo cual, sobre la moqueta, acabó por formarse un lento pero incontenible charco marrón. Al final consiguió abrir, tomó el paquete y se arrojó al interior, casi de modo literal, porque no le dio tiempo a darle al interruptor de la luz cuando ya se había tropezado con la caja de cartón que recogió del bar para meter en ella al pelícano.

Blasfemó y refunfuñó porque, por efecto del tropezón, el cucurucho se había desarmado y unas cuantas sardinas habían caído al suelo.

Dio la luz, recompuso el cucurucho como pudo, tomó las sardinas caídas y, por un acto reflejo, las sopló para quitarles el polvo antes de

devolverlas al interior. Después salió a la terraza y con paso lento, expectante, se dirigió hacia el animal, que conservaba la misma postura que cuando se fue. Después de observarle durante unos segundos, ni siquiera advirtió en él un parpadeo. Parecía, entonces sí, completamente muerto. Se acuclilló, acercó la mano a su pecho y notó, sin embargo, un latido espaciado, muy débil.

Desenrolló a su lado, sobre el suelo de la terraza, el envoltorio de papel, e hizo por abrirle el pico al animal, cosa que le costó, pese a su aspecto exánime, un cierto esfuerzo. Una vez abierto el pico, tomó una sardina y la arrojó en su interior; a los pocos segundos notó con satisfacción cómo la garganta, la traquea comenzaban a ensancharse, actuaban para tragar aquella pieza. Al instante introdujo otra sardina, y otra después, y otra... Los ojos del ave comenzaron a parpadear; pareció incluso que el cuello se tensaba y que hacía un pequeño esfuerzo por levantar la cabeza.

—Pobre animal —le acarició, todavía con cierto temor, el cráneo.

Ocho

A aquella hora —las once de la noche marcaba el reloj del salón— él, por lo general, una vez ya cenado, se dedicaba a ver la televisión hasta que comenzaban a cerrársele los ojos por el sueño: a eso de las doce o doce y cuarto; entonces se marchaba a acostar. Aquella noche, sin embargo, el salón permanecía en silencio, sin el sonido de fondo del televisor; y en lo que hacía a la cena, todavía estaba por darle el primer bocado a un somero sándwich de paté que se había preparado, casi de cualquier manera, hacía unos minutos. Hasta entonces, había estado ocupado dando de comer al pelícano, acariciándole cada vez con mayor confianza —al final resultaba agradable su plumaje, aunque no así palpar los huesos y la carne viva debajo de aquel blancor—. Abrió una lata de refresco mientras su ordenador se conectaba a Internet y se desplegaba el Google, que tenía establecido como pantalla de inicio.

Al cabo de unos segundos surgió la pantalla e introdujo los datos. Simplemente: pelícano.

Lejos de haber un tipo de pelícano, encontró que la familia de los Pelecanidae (sonaba como escrito por Homero) estaba compuesta por, más o menos, diez especies. Desplegó la página: el pelícano blanco o

pelícano común, el pelícano dálmata, el pelícano australiano, el pelícano africano, el pelícano malayo, el pelícano blanco americano, el pelícano pardo y el pelícano peruano. De hacer caso a la página, y en virtud de su plumaje, el ejemplar instalado en su terraza debía de ser un pelícano blanco o pelícano común, propiamente un *pelecanus onocrotalus* (apuntó el nombre en un bloc). Buscó información en otras páginas: el pelícano blanco vive en Hungría (¿Hungría?, se asombró) y países del Sudeste de Europa, también en el mediodía de Asia y en el Nordeste de África... de donde no es muy descabellado pensar que haya podido llegar hasta aquí, pensó. Muchas veces las aves recorren miles de kilómetros, a veces incluso cruzan varios continentes. En otra página se describía a los pelícanos como aves acuáticas de mayor tamaño, plumaje blanco y pico amarillo; famosos por la bolsa cutánea de que esta provista la mandíbula inferior y que usan como red para pescar o bien para guardar sus alimentos. Nada especial. Siguió navegando entre bocado y trago. Su alimentación es de peces y crustáceos (apuntó en el bloc lo de crustáceos), su reproducción ovípara y suelen tener del orden de dos a cuatro crías. El periodo de gestación es de 25 a 28 días y las aves salen del cascarón muy atrasadas, ciegas e incapaces de valerse por sí mismas. Se reproducen una vez al año.

En otra página encontró más detalles respecto a su alimentación. Los pelícanos utilizan su enorme pico para capturar peces, a la manera de una nasa: toman una gran buche de agua con la esperanza de encontrar en él un pez, en cuyo caso expulsan de inmediato todo el agua y se tragan su presa. Las crías (siguió leyendo) tienen que ser

alimentadas durante largo tiempo por sus padres de la siguiente forma: en cuanto la madre pelícano engulle los peces, los hace pasar al buche; luego, una vez llega al nido, el animal regurgita, por medio de aparatosos movimientos, lo ingerido y, abriendo el pico, lo presenta a sus hijos, que lo devoran con avidez. Es de aquí de donde procede la leyenda de que el pelícano alimenta con su propio cuerpo a sus crías.

Su edad (acercó, interesado, los ojos a la pantalla) es de 25 años aproximadamente, aunque algunos duran de 50 a 52. Los pelícanos son aves muy sociables, viven en grandes colonias y construyen toscos nidos. Los blancos, en concreto, son grandes nadadores; de hecho, no se dejan caer al agua a por alimento, como hacen otras aves, sino que hunden sus picos mientras nadan y de ello obtienen su comida. Es por ello precisamente, para propulsarse mejor en el agua, que tienen los pies palmeados, de manera similar a los patos. Son animales, por lo demás, de temperatura constante y con aparato respiratorio pulmonar, aunque muy modificado para su adaptación al vuelo; su sistema circulatorio es de cuatro cámaras, como el de los mamíferos; y su sangre es caliente (iba tomando nota de todo esto, punto por punto, en el bloc). Respecto a sus sentidos, el olfato y el oído carecen de importancia; la vista, en cambio, es perfecta, y muestra una admirable adaptación telescópica para las diferentes distancias a que pueden encontrarse los objetos.

Su esqueleto (acabado el sándwich, encendió un cigarrillo), como en general el de todas las aves, constituye una maravilla natural de ingeniería y aerodinámica, donde la forma sigue maravillosamente su

función. El esternón del pelícano, por ejemplo, aunque extremadamente delgado, actúa como una profunda quilla que facilita el vuelo y al mismo tiempo proporciona una amplia superficie de inserción para los poderosos músculos que conforman las alas. Los huesos del pelícano, como ocurre en la mayoría de las aves, son huecos en su interior, al objeto tanto de aligerar su peso como de permitir su flexibilidad.

Un poco más adelante encontró que los pelícanos corren peligro de extinción por dos causas fundamentales: por intoxicación con pesticidas que se vierten en el agua, y por enredarse en las redes de pesca. El uso de los pesticidas les afecta, en especial, a la hora de la puesta de los huevos, ya que provoca que la cáscara de éstos sea especialmente blanda, y las madres, a la hora de ir a incubarlos, los rompan. Por último, y tras pasar por varias páginas sin mayor información, encontró una leyenda referida a los pelícanos, que venía a decir, sobre poco más o menos, que hace mucho, mucho tiempo, un cazador le disparó a un pelícano, cayendo éste muerto; cuando el cazador fue a recoger su presa, un gran animal desconocido se le adelantó y se llevó al pelícano muerto, colgando de su pico, a lo profundo del mar. Pasados varios meses, el pelícano muerto surgió del mar en avanzado estado de putrefacción y rodeado por grandes llamas de fuego; de esta manera se presentaba cada noche en la playa y asesinaba a toda persona que veía.

Nueve

Se irguió de pronto en la cama, sobresaltado no por una pesadilla, sino por una vívida sensación de caer, de caer, de caer cada vez más rápido hacia el fondo de un pozo. Le había pasado más veces; de hecho, había leído que es una reacción muy común, así que dio media vuelta y procuró volver a conciliar el sueño. Se acordó entonces del pelícano, o, por mejor decir, recordó que estaba inmerso en medio de una extraña situación, en mitad de un problema muy distinto al que afecta a las personas comunes. Intentó, pese a todo, olvidarse del asunto y volverse a dormir —miró de reojo el despertador, las cuatro de la mañana—; pero al cabo de un rato entendió que era imposible. Al menos, hasta que no fuera a la terraza a cerciorarse de si el pelícano seguía en su sitio, había fallecido o quizás, de pronto, había levantado el vuelo y se había resuelto el problema por sí mismo.

Allí seguía, lo advirtió desde la puerta de la terraza. Hecho un ovillo. Abrió la puerta y se acercó hacia el animal sigilosamente, casi andando de puntillas, en un gesto reflejo que le pareció bastante absurdo, pero que no por eso dejó de practicar. Llegado junto al ave, advirtió sus ojos abiertos, despiertos, tal cual los tenía por la tarde, como si reconcentrado en un dolor, un sufrimiento, una agonía interna,

le resultara indiferente el ciclo de las noches y de los días que condiciona a todos los seres vivos sobre la tierra. Ajeno a ello, refugiado tras su mirada opaca, indescifrable, el pelícano parecía existir en otra dimensión. Se sentó a su lado y le acarició el cráneo (la mano se había acostumbrado ya a la convexidad) una vez, dos veces, tres veces, sobrecogido por una extraña angustia. «Venga, vamos —acabó por decirse—, no es más que un pájaro que seguramente ya habrá vivido lo suficiente y está muriendo de viejo». Se sentó a un palmo del ave y, pese a todo, se acabó abandonando a aquella ternura. Apoyada la espalda en la pared, se preparó para pasar allí lo que restaba de noche. Al fin y al cabo, era una agradable noche de verano.

Cerró los ojos.

El aire era fresco y límpido. Incluso (aspiró con mayor fuerza), parecía oler a mar. Sí, seguro. Olía a mar. Olía a salitre, olía espeso, olía vagamente pútrido como las olas al romper. Podía incluso (respiró aún más fuerte) oír el golpeteo sordo de las ondas contra las tablas de una embarcación. Podía ver el cielo azul y diáfano, salpicado por el vuelo y el graznido de las gaviotas, mientras el sol parecía dorar el agua y las lenguas de espuma blanca, susurrantes, rompían a escasos metros.

Aspiró hasta llenar del todo los pulmones.

Diez

Fue sin duda lo incómodo de la postura lo que, en un determinado momento, le hizo despertarse. Comenzaba a clarear. El pelícano, a su lado, seguía con los ojos abiertos. Se acordó, de repente, de aquel cuento de Monterroso y sonrió, antes de levantarse y entrar al salón, a mirar la hora. Las seis y media. Se estiró en medio de un gran bostezo y le sacudió un escalofrío —¡brrrrr!—; entre la postura en que había dormido y el relente de la noche se le había quedado el cuerpo entumecido.

Se dirigió a la cocina, a preparar café. Mientras hervía el agua, hizo la cama. Canturreaba. Se encontraba, no sabía por qué, de buen humor, pletórico de fuerzas, cargado de energía. Amanecía un nuevo día de verano, de olor fragante y brisa tibia, un nuevo día para los acontecimientos, para las sorpresas, para los encuentros, para las decisiones, cuando hasta los perros apaleados, los hombres heridos, los enfermos salen de sus abrigo y se acurrucan bajo la luz del sol, para aspirar la vida en toda su plenitud. La vida, que comenzaba a oler espesa y aromática como el café.

Se sirvió una taza y, asomado a la puerta de la terraza, contempló cómo el cielo, poco a poco, se iba llenando de claror, cómo se iban

definiendo las formas de la ciudad, intensificando los colores, cómo incluso en el aire flotaba la humedad de las aceras contra las que rompía el chorro de los camiones de riego. Apuró con calma el café, se sirvió otro más. Luego le dio un agua a los cacharros, los introdujo en el lavavajillas, se fue a duchar...

Estaba atándose los zapatos, sentado al borde de la cama, cuando, de pronto, comenzó a sonar, con estridente zumbido, el despertador, que tenía programado para aquella hora. Él, normalmente, lo apagaba de un manotazo a tuestas, echaba las sábanas a un lado refunfuñando, adormilado se servía varias tazas de café soluble, por no tener siquiera que manipular la cafetera, y, tropezándose con la mampara, se introducía luego en la ducha. Ese día, sin embargo — pensó mientras se ajustaba el cinturón y la correa del reloj—, andaba con mucho tiempo ganado. Tal vez lo fuera a pagar a mediodía, o a media tarde, cuando de pronto le invadiera el sopor a causa de las horas de sueño perdidas; pero entretanto se sentía fresco, activo, resuelto.

Tomó del armario del salón la guía telefónica y busco en ella el número de Ayuda Salvaje... o algo parecido. «Aquí está —se dijo—, esto puede ser: “Ayuda a la protección de la fauna salvaje”», y apuntó el número en un papel. Luego salió a la terraza, para ocuparse del pelícano, que seguía en la misma postura. «Vamos, amigo —le dijo con tono alegre—, hora de despertar», y se había acuclillado ya para introducirle en el pico unas cuantas sardinas cuando de pronto ocurrió algo extraordinario.

De repente, el ave, en un esfuerzo que parecía titánico, adelantó la cabeza hacia las sardinas, que se encontraban a su alcance, en el suelo, sobre un papel de periódico; las acometió con el pico, de tal manera que se separaron unas cuantas del montón, y arrastrando luego la cabeza por el suelo consiguió al fin metérselas por sí mismo en la bolsa, ante la mirada atónita de él. Pocos segundos después, el ave volvió a levantar la cabeza a duras penas y volvió a dejarla caer sobre el montón de sardinas; separando de nuevo y por este medio unas cuantas más; otra vez arrastró luego su cabeza por el suelo, hasta que consiguió atraparlas y engullirlas. Casi al mismo tiempo, y producto sin duda del esfuerzo que estaba haciendo el animal, una de sus alas, la que no estaba aprisionada por el cuerpo, se levantaba unos palmos, aunque enseguida volvía a caer.

A causa de la fascinación en que se había sumido, cuando miró el reloj advirtió que, pese a todo, se le había hecho muy tarde. Rápidamente entonces llevó el papel de periódico, con los restos del pescado, a la cocina, se vistió la americana y estaba anudándose la corbata cuando pensó que, tal vez, no sería mala idea llamar al banco y decir que se encontraba enfermo, o pedir un día libre, y quedarse a cuidar al pelicano. Quizás a media mañana el hambre, o la sed, le hicieran al ave sucumbir definitivamente, después de aquella espectacular progresión; quizás comenzaban en aquel momento las horas críticas en que se decidía la salvación o no del animal, su muerte o su supervivencia. Lo pensó, sí, pero también conocía el carácter estricto de su jefe, y cómo le obligaría a presentar un justificante

médico, con el engorro que ello suponía; tal vez incluso le descontara el día de su nómina y hasta podría ponerle una cruz, o cualquier otra marca parecida en su historial, que le impidiese en un futuro prosperar hacia puestos más altos.

—Bueno —se consoló—, al fin y al cabo sólo voy a estar fuera por la mañana; luego tengo toda la tarde para el pájaro —y tomando su cartera de mano echó una última mirada hacia la terraza, cerró la puerta y salió.

Una vez ya en la planta baja, al salir del ascensor, sintió por el canturreo, por el ruido de los cubos de basura y por el pasar vigoroso del rastrillo, que el portero —¿cómo era su nombre?, se preguntó, ¿Rodrigo?, ¿Rodolfo?— se hallaba en el patio interior. Desde allí podía ver el trasiego de la gente del ascensor hacia la calle. Temeroso, no sabía decir por qué, de encontrarse con el portero, se quedó pegado a la puerta del ascensor, y hasta abrazado a la cartera, pensando en qué hacer; sin duda ganar corriendo la calle le parecía la mejor opción, cuando de nuevo por los ruidos advirtió que el empleado se había metido en el cuartucho de los contadores, a un lado del patio, un habitáculo húmedo y sucio donde guardaba sus trapos, productos de limpieza y demás cosas. Desde aquel tabuco, el pasillo hacia la salida quedaba oculto a su campo de visión. Él aprovechó la circunstancia para, no obstante de puntillas y la respiración contenida, recorrer el largo pasadizo y acabar desembocando, triunfante y con un suspiro de alivio, en la calle.

El metro, a aquellas horas de la mañana, siempre marchaba atestado de gente. Los que hacían por entrar en el vagón empujaban sin miramiento alguno a quienes estaban dentro, cuando ya el silbato que anunciaba el cierre de las puertas amenazaba recio, severo y cuartelario, con un inminente guillotinado. Era entonces cuando se producían las avalanchas, los pisotones, los codazos, las discusiones — «pero oiga», protestaba el golpeado, «y yo qué le voy a hacer», se disculpaba el golpeador—. Una vez salvado el cierre de las puertas, el vagón se sacudía aquejado de una suerte de estertor y arrancaba con un sonoro bufido; en su interior los viajeros marchaban incómodos, apretujados, quince o veinte manos sobre la misma barra, las miradas perdidas en el techo para no encontrarse, a menos de un palmo, frente a frente con el resuello de otro viajero.

Aquella mañana había tenido suerte. Empujado por la marea humana, había venido a parar contra un rincón del vagón, un lugar, en gran medida, privilegiado, porque le permitía apoyarse contra una superficie sólida y aguantar así mejor los traqueteos del tren y el cansancio del viaje. Le permitía, también, abstraerse, recogerse, excluirse un poco de aquella masa, cerrar los ojos e imaginar.

Aún tenía muy presente el extraño fenómeno de aquella noche, cuando, de pronto, poco antes de caer dormido en la terraza, todo el ambiente pareció invadido por un intenso olor a mar. Todavía, de hecho, si cerraba los ojos y respiraba fuerte, podía sentir esa sensación, podía aspirar el efluvio acre y violento de los rimeros de algas, verdes, marrones, negras, que quedan sobre la playa tras el refluir de la marea.

Podía oír también —se sonrió para sí—, al compás del tren, cómo rompía el agua contra los acantilados, que le parecía estar viendo desde la cima, cómo los chorros de agua blanca, con un bufido hondo y primitivo, se proyectaban varios metros hacia arriba. Sonaba como una escollera azotada a ambos lados por el mar, una obra precaria de formas rotas, de cubos arrumbados que, sin embargo, acaba por surgir triunfante de la embestida de espuma; sonaba al reventar del agua bajo el adusto, implacable peso de un gran buque que se acerca al muelle; sonaba a pequeñas barcas de pesca que entran en el puerto, con su runruneo de motores, los hierros herrumbrosos, el aparejo mordido por el salitre; a gaviotas que trazan un vuelo largo y majestuoso junto a los palos de las embarcaciones...

*Qué pavorosa esclavitud de isleño,
yo, insomne, loco, en los acantilados,
las naves por el mar, tú por tu sueño.*

Seguía sonando. Desde un lejano fondo.

Fue el instinto, seguramente, lo que de pronto le llevó a abrir los ojos para darse cuenta de que había llegado a su estación. Sobresaltado aún, comenzó a introducir su cuerpo entre la apretada masa de gente, pidiendo paso con cierta angustia, sirviéndose de la cartera como ariete para separar a los viajeros compactados, que le reprendían por la prisa y por no haberse acercado a la puerta con la debida antelación. Al fin,

cuando ya sonaba el silbato de cierre de puertas, consiguió salir del vagón, y una vez en el andén se enderezó la ropa, se recolocó la corbata y se dirigió, con un leve aturdimiento, una extraña sonrisa y una inexplicable alegría, hacia la salida.

Once

—¿Cómo está hoy de humor? —le preguntó a su compañero de caja, Claudio, mientras con la cabeza señalaba en dirección al cubículo de su jefe.

—Regular. Casi bien. ¿Quieres pedirle algo? —respondió Claudio, en lo que procedía a sellar un impreso de ingreso en cuenta bancaria. — Ya está todo, señora, ya puede irse. El siguiente.

—Necesitaría ausentarme cosa de una hora. Tengo que ir a una sociedad protectora de animales. Oiga, se le olvida el recibo —dijo al cliente al que acababa de atender

—¿A una sociedad protectora de animales? Pero si tú no tienes perro, gato ni nada.

—Ya, pero.... Te vas a reír. Sí, ya está todo, caballero; eso lo tiene que entregar en la ventanilla del ministerio; ahí lo pone bien claro. Pues verás, ya te digo que te vas a reír: se me ha metido en casa un pelícano.

—¿Cómo que un pelícano? ¿Un pájaro...?

—Efectivamente, un pájaro pelícano. Lo tengo instalado en la terraza de casa.

—¿Cómo?, ¿en una jaula?

—No, lo tengo suelto. El animal debe de estar enfermo, herido, o fatigado, o quizás sea muy viejo, no lo sé. El caso es que es incapaz de levantar el vuelo.

—Ah —se sonrió Claudio; y luego, engolando un tanto la voz, comenzó a recitar: —«Y sus alas tan blancas y tan grandes son como / blandos remos que arrastran lastimosos por tierra. / ¡Pobre alado viajero, desmañado e inerte! / ¡Él que fue tan hermoso ahora es feo y risible!» Es un poema de Baudelaire; se titula «El albatros». Son trescientos cincuenta y cuatro euros —le dijo a su cliente.

—Muy bonito, no lo conocía. El caso es que acabo de llamar por el móvil a una sociedad protectora de animales, «Ayuda a la protección de la fauna salvaje» se llama; me han dicho que están abiertos hasta las dos y media. No queda muy lejos de aquí, yo creo que en una hora... Ya le he dicho que no, caballero, que ese papel es para la ventanilla del ministerio.

—¿Y qué quieres de ellos?, ¿que se lleven el pájaro?

—Evidentemente; ellos sabrán mucho mejor que yo cómo cuidarlo. Además, ayer, sin ir más lejos, me gaste más de treinta euros en sardinas para el animal. Y ya se las ha comido. Como comprenderás, ese gasto diario... Pase por aquí.

—Pues pídele permiso al jefe, no creo que te diga que no. Aunque supongo que no le contarás toda la historia del pelícano.

—Claro que no. Le voy a decir que tengo que ir al médico; o aún mejor, que tengo que llevar a mi madre al médico, para que no piense que soy un tipo enfermizo.

—Te dirá que por qué no has avisado con antelación, ayer o antes de ayer. Pero señora, este impreso está sin rellenar. Póngase, haga el favor, en una de esas mesas, ahí tiene bolígrafos, y cuando esté relleno me lo presenta. El siguiente.

—Le diré que se ha caído en la calle y la voy a llevar al traumatólogo. Que ya tengo cita y no creo que se demore mucho. ¿Qué te parece?

—A mí bien. Creo que tragará. Aprovecha para decírselo ahora, que no está con ningún cliente.

—¿Te importaría quedarte solo, al cargo de la caja, durante el tiempo que tarde?

—En absoluto.

—Pues ahí voy, deséame suerte. Por aquí no, joven, que acabo de cerrar. Tiene que ir a la caja de mi compañero. Sí, ya sé que hay cola, pero yo qué quiere que le haga. Esta caja está cerrada.

«Una hora», le había dicho su jefe. «Ni un minuto más». Una hora, iba calculando en el vagón, por entonces ya mucho más vacío, incluso con asientos libres. Ya había gastado diez minutos entre que salió del banco y llegó a la estación, introdujo el billete en el torno, bajó al andén y esperó a que llegase el tren. En cinco minutos más, si el tren no se demoraba demasiado en las estaciones, llegaría a su destino, otro par de minutos para subir las escaleras, cruzar el torno... pongamos veinte minutos en total para el viaje de ida. Luego tenía que buscar el local de la asociación: la calle estaba cerca de la boca de metro pero, respecto al número, la vía era larga y quizás estuviese al principio. En ese caso,

pensó, tendría que correr, porque no podía gastar más de cinco minutos entre el metro y la asociación.

Una vez en ella, era de suponer que le atenderían rápido, porque, en plena ciudad, la protección de la fauna salvaje no parecía un tema que generase aglomeraciones, colas, números de espera, accidentes por el estilo. Por ello, calculaba que con diez minutos para que le atendieran y tomaran nota de su problema era suficiente. Después, corriendo, o trotando si al final el número resultaba estar cerca, de vuelta al metro, y a esperar que no tardase demasiado ni hubiera ninguna avería.

Cerró los ojos y respiró hondamente: veinte minutos de ida, más veinte minutos de vuelta, más diez que tardaran en atenderle, hacían un total de cincuenta; más diez minutos en el camino del metro a la asociación, justo una hora. Una hora y cinco a lo mejor, una hora y diez, podía andar con cierto margen. Porque no creía que su jefe hubiera anotado en un folio el momento exacto de la salida.

Doce

Con aquello, sin embargo, no contaba. Sí preveía el edificio viejo, destartado, casi combado, próximo al apuntalamiento; no era lógico esperar que una asociación de ayuda a los animales, casi una oenegé, tuviera su sede en un edificio de oficinas, de frente acristalado, sillones en el hall, recepción con guardia jurado y aparcamiento para los directivos. Tampoco le extrañó el semisótano que ocupaba, al que se descendía por una oscura y quejumbrosa escalera de madera, a la luz macilenta de una triste bombilla y entre un espeso olor a orines de gato. Todo aquello se lo suponía; pero con lo que no contaba era con llegar ante la puerta, vieja también, casi podrida incluso, de la asociación y encontrarse allí con una nota, sujeta a la madera con una chincheta, donde rezaba: «Enseguida vuelvo»

Miró instintivamente su reloj, comenzó a hacer cuentas con los dedos. Hasta aquel momento todo le había cuadrado: diez minutos de trayecto, apenas tres de caminata, quince a la vuelta, veinte en total...

—Joder —exclamó, pasados unos minutos.

Y es que el término «enseguida» era muy relativo. Para empezar, no sabía cuándo había sido colgada allí la nota; podía haber sido hacía

media hora y el individuo que la colgó estaría, pues, a punto de volver; pero podía haber sido colocada hacía unos minutos y prolongarse, entonces, la espera media hora. Todo ello sin contar con que había gente para quienes las expresiones «enseguida», «un momento» o «un segundo» tenían un carácter variable, a veces ilimitado en el tiempo, a veces incluso ajeno a cualquier medida...

—Este puto país —comenzó a darse golpes en las caderas— no sabe lo que es la formalidad, ni la puntualidad, ni los horarios... Así no puede ser, ya lo decía Unamuno.

Subió al portal y anduvo dando vueltas, mascullando contra la falta de seriedad y asomándose cada cierto tiempo a la calle, a ver si se aproximaba alguien. Al cabo de unos diez minutos vio que una joven se acercaba con mucha decisión hacia el portal; vestía una camiseta llamativa con el logotipo, parecía ser, de un conjunto musical, un pantalón vaquero desgastado, se recogía el pelo con una diadema y portaba al hombro un bolso hecho de retazos de tela. Una joven, en fin, actual, moderna, alegre y enrollada, sin duda comprometida, ecologista y amiga de la fauna salvaje, la responsable, vamos, de la asociación, se decía para sí. Porque, en efecto, la joven había llegado hasta el portal y, muy decidida, se había introducido en él.

Después de pasar a su lado, tomó, sin embargo, el camino de las escaleras, rumbo a los pisos superiores.

—Perdona —la detuvo con una voz de tinte agónico—, disculpa si te molesto. ¿Sabes tú si la asociación de ayuda a la fauna...?; ya sabes, esta del semisótano dos...

—Uhum —asintió ella.

—¿Sabes si está abierta normalmente, o suelen ausentarse mucho, o...?

—No lo sé. No tengo ni idea. Nunca me he fijado.

—Bien, gracias. Perdona la pregunta.

De nuevo en la boca del portal, volvió a consultar su reloj. Quince minutos habían pasado desde su llegada. Esto es inaudito, inaudito..., andaba dando ya zapatazos. Ummpf, amagó con asestarle un puñetazo al cuadro de contadores.

—Hola, buenos días —disimuló ante una señora que entraba en el portal en aquellos momentos.

—Hola, ¿qué hay? —le dijo después a un señor como de cincuenta años y complexión enclenque, vestido con una camisa gris y unos pantalones también grises, de andar leve, gruesas gafas y calva incipiente, que entró luego en el portal.

De pronto, este individuo de gris descendió las escaleras hacia el semisótano.

—Perdone —se lanzó tras él—, perdone. ¿Es usted de la asociación de ayuda a los animales?

—Sí —respondió el otro mientras, ya en la planta de abajo, descolgaba la nota y se la introducía en el bolsillo.

—Ah, vaya, le estaba esperando —bajó al trote las escaleras hasta llegar a su altura. —Así que enseguida vuelvo.

—He ido a tomar un café —informó, más que se disculpó, el hombre, mientras procedía a abrir la puerta. —Pase.

Pasó a una pequeña sala de lo que en tiempos había sido una vivienda particular. Desde el salón, al que se accedía directamente, podía verse, al fondo, la cocina, con una ventana que daba a un oscuro patio interior; sus baldosines se advertían, desde la entrada, cubiertos de mugre, y sobre un hornillo eléctrico reposaba una triste cafetera, cuyo filtro sucio denotaba que hacía demasiado tiempo (meses o años) que nadie hacía café en ella. A este otro lado podía vislumbrarse el baño, no mucho más limpios sus baldosines que los de la cocina; el urinario no tenía tapa y con un armarito medio descolgado en cuyo estante reposaba, solo y petrificado, un cepillo de dientes; y había, por último, una puerta que daba, era de suponer, a la única habitación; estaba cerrada y en su centro colgaba un póster de un oso pardo, con el lema “Salvémoslos” debajo de sus patas. Se le ocurrió, mientras tomaba asiento donde el hombre de gris le indicaba (una silla de scay verde que parecían haber aprovechado de un ambulatorio de la Seguridad Social en renovación), que aquel lema con final tal forzado “-oslos” era horrible, aunque gramaticalmente correcto; e igual de horribles, o al menos de poco logrados, eran el resto de pósters que, aquí y allí, podían verse diseminados por el salón: focas, águilas, osos pandas, osos polares (muchos osos en general), ballenas, lince, ginetas, jabalíes, etc., fotografiados, todos, justo en el momento en que doblaban la cabeza como para mirar a la cámara (incluso la ballena saltaba del agua y se giraba en este sentido), lo que les daba un cierto aire artificial, de animales adiestrados, que se contradecía con su supuesto salvajismo. Por no hablar de lo descoloridos que se mostraban ya dichos pósters,

por puro efecto del paso del tiempo, que allí tenía aspecto de no haber entrado nunca la luz del día; ni de lo antiguo de su tipografía, con cierto aire todavía psicodélico de hacia los años setenta que llevaba a pensar que tal vez aquellos fueran los primeros carteles que se hicieron cuando surgió el ecologismo, aquella la primera oficina que se abrió y aquel tipo, que ya se sentaba tras de una aparatosa mesa de metal (que también parecía aprovechada de un ministerio en reforma, y sería digno de ver cómo la salvaron del basurero, la transportaron y bajaron hasta allí), la primera persona encargada de estos asuntos.

Olía a clausura, a aire viciado, a compartimento estanco, además de a humanidad y a tabaco negro.

—Bueno, pues... —comenzó a hablar, apenas sentarse con cierta prevención en el sillón de escay—...la verdad es que no sé cómo contarle para que no parezca increíble, pero el caso es que tengo, desde ayer por la tarde, un pelícano en casa...

—Un pelícano, ya. Con todos sus papeles —el tipo tenía una voz pautada, monótona.

—No, no, sin ningún papel, ese el asunto. Yo no lo he comprado, ni me lo han regalado; el animal llegó de repente y se instaló en mi terraza. Supongo que llegaría volando, claro; de cualquier forma, allí está. Y lo que es más importante: no en muy buenas condiciones. Seguramente esté enfermo, quizás sea ya muy mayor; en todo caso, necesita que lo vea un veterinario.

—Ya. Y dice usted que no sabe ni cómo ni desde dónde pudo llegar hasta su terraza.

—El cómo ya se lo he dicho, volando; el desde dónde no tengo ni idea. Imagino que desde el Nordeste de África, o incluso desde Hungría, fijese usted. Yo no sé si migran o no migran estas aves, tal vez se despistó en alguna viaje...

—También se pudo haber escapado del zoo —apuntó el hombre, torciendo el cuello en señal de perspicacia.

—Pues mire, sí, también, no había caído.

—Voy a llamar al zoo... —y sacó de debajo de la mesa, como un golpe de efecto, y tras tirar mucho de los cables, un viejo teléfono blanco modelo de hace veinte años—... a ver si se les ha escapado un pelícano. Ya da señal —anunció, como quienes ponían conferencias al principio de los tiempos; luego abrió una vieja agenda con teléfonos apuntados a lápiz y comenzó a teclear: —Nueve Uno Seis Ocho...

Mientras el encargado de la ayuda a los animales se ponía en comunicación con el zoológico, él miró el reloj de soslayo.

—¿Hablo con el zoológico? ¿Sí? ¿Quién eres? Ah, hola, Jaime. Mira, te llamo de Ayuda — dijo así, simplemente, en su versión abreviada, señal sin duda de que entre la asociación y el zoológico, en general entre la asociación y el orden animal, existía una comunicación fluida; aquello también contribuyó a relajarse—. Ocurre lo siguiente... — y el encargado de la ayuda le explicó el caso a su interlocutor, para acabar por preguntarle si no les faltaría, por casualidad, algún pelícano.

—Sí, un pájaro pelícano —insistió.

—Un *pelecanus onocrotalus* —alzó él la voz, para que le oyesen del otro lado del auricular. —O pelícano blanco.

—Eso es, Jaime. Un pelícano blanco.

El encargado de la ayuda separó el auricular de su oído y se dirigió a él.

—Ha ido a ver —le informó.

—Si le parece, en lo que vuelve, puede usted tomar nota de mi dirección, para que vayan a recoger al animal o le atienda un veterinario.

—Ya, claro, pero mire usted cómo estoy —y trazó un arco con la mano para que apreciara el cuartucho en toda su brevedad, incluso para que reparara otra vez en lo anticuado de los pósters—, estos son los medios que tengo. Yo aquí no puedo atender a un pelícano. Vamos, no podría casi ni atender a una tortuga. Todo lo más, dígame la dirección y trataré de hablar con un veterinario amigo, pero no le puedo prometer nada.

—Entonces, ¿qué clase de ayuda salvaje es ésta?

—La única posible cuando nadie nos apoya. Los políticos, por supuesto, en cuanto se acercan las elecciones, sacan el tema del ecologismo y son los principales defensores; pero luego, a la hora de la verdad, a la hora de destinarnos una partida de algún presupuesto, nos tenemos que conformar con las migajas. Así que todo lo que hacemos es a fuerza de sacrificio y por pura vocación, no desde luego por inercia burocrática y mucho menos con ánimo de lucro.

En aquel momento, Jaime, el del zoológico, volvió y se puso al teléfono.

—Sí, sí, dime... no os falta ninguno, ya... estás seguro de que están todos, ¿no? Oye, una cosa, ¿no habrá en la ciudad algún parque temático o algún centro de ocio que tenga pelícanos?... Ya, que no... seguro que no... bueno, pues muchas gracias, Jaime. Hasta luego. Adiós.

—Pues ya lo ha oído —colgó el hombre de gris el teléfono y se abrió de brazos. —Habrá venido de África, o de Hungría, como dice usted.

—O de un zoo de otra ciudad.

—Pues sí, pero sólo tengo el número de teléfono del zoo de aquí. Si quiere usted llamar al de otras ciudades por su cuenta...

—Muchas gracias por su ayuda —dijo con cierta socarronería mientras se levantaba.

—Yo siento —se levantó el otro a su vez— no poder hacer más por ayudarle, pero es como le digo: no tengo medios. Ni yo ni la mayoría de organizaciones ecologistas. Cuando se acercan las elecciones, como le cuento: muchas promesas por parte de los políticos, muchos eslóganes, muchas fotografías acariciando a burros, dando de comer a ardillas o jugando con perros, pero luego, cuando hay que hacer realidad esas promesas, silencio burocrático. Yo aquí, por ejemplo, necesitaría, para poder trabajar en condiciones, además de un nuevo mobiliario, un ordenador con impresora, una fotocopiadora, un teléfono móvil con cargo al ministerio...

—A propósito de teléfono —le interrumpió él, cuando ya se encontraba abriendo la puerta—, no olvide usted llamar al veterinario

para que venga a echarle un vistazo al pájaro. Me temo, ya le digo, que el pobre animal está bastante enfermo. Aquí tiene una tarjeta, detrás está apuntada mi dirección. Hasta luego, muchas gracias —y estrechó la mano del encargado, inerme, sudorosa y fría.

Trece

Muy al contrario de lo que sucede por las mañanas, a aquella hora en que volvía de la asociación el metro suele encontrarse casi vacío, y los vagones circulan ocupados por apenas diez, quince personas. Desde luego, hay espacio sobrado para sentarse, como hizo, y para detenerse a reflexionar, al ritmo del traqueteo del tren, sobre qué hacer con el animal. No había, al parecer, ninguna fuerza del orden, ningún cuerpo, ninguna asociación a la que derivarle el problema, ningún organismo que se hiciera cargo de él. Es su problema, venían a decirle, apáñeselas usted, contrate a un profesional, llame a un amigo, pero nosotros no estamos para esas minucias. ¿Y qué cabía hacer entonces? ¿Liquidar al animal? ¿Tomarle entre tres o cuatro, bajarlo a la calle y dejarlo en medio de la acera? ¿Ignorarlo y que se cure si se tiene que curar o se muera si se tiene que morir?

Mientras estaba pensando en todo esto, su mirada, distraída, fue a posarse en un viajero sentado frente a él. Estaba comiendo, con mucha parsimonia, pipas de girasol; las tomaba de una gran bolsa, las cascaba con muy sonora determinación, y luego arrojaba las cáscaras frente a él, o hacia uno de sus lados, de lo que vino a formarse, al poco

tiempo, un semicírculo en torno a sus pies, cada vez más nutrido, de desperdicios. Él estaba mirando todo aquello reconcentrado, ausente, pensando en su ave, cuando de pronto una señora, una anciana, que viajaba en el vagón se levantó de su asiento y se dirigió hacia el comedor de pipas.

—Pero, hombre, por favor —comenzó a recriminarle—, ¿no le da vergüenza?

—¿El qué? —respondió el comedor, mientras cascaba otra pipa.

—¿El qué va a ser? Como está dejando el suelo.

—¿Lo va a limpiar usted? —y arrojó la cáscara a sus pies, esta vez de un pequeño salivazo—; ¿verdad que no? Pues entonces, qué más le da.

—No, no me da lo mismo. Eso que está haciendo usted es una guarrería.

—Joder —exclamó el comedor, quien en ningún momento había dejado de cascar pipas y arrojar cáscaras—, esto es lo último. No puede uno fumar en el metro y ahora ni siquiera le dejan comer pipas.

—Yo no le digo a usted que no coma pipas, le digo que no eche las cáscaras al suelo. Coja usted una bolsa o un papel...

—Pero para qué, si esto luego lo limpian. A ver, explíquemelo.

—Pues oiga, porque no es agradable viajar con la basura que va soltando la gente. Parece mentira que no lo entienda.

—Pero así hay que limpiar, contratar a barrenderos y se crean puestos de trabajo, ¿o no?

—No señor. Es una guarrería.

—Anda ya —concluyó el comedor la conversación con un gesto despectivo hacia la anciana, y siguió se diría que abstraído en su cascar, extraer y arrojar de pipas.

Él había atendido a toda la discusión pero vuelta la cara hacia la ventanilla, atento a la contemplación del túnel, con la apariencia de quien se encuentra muy sumido en sus preocupaciones, como de hecho era. De tal modo transcurrieron dos estaciones, el hombre comiendo pipas y arrojando las cáscaras al suelo, la mujer rezongando acerca de la grosería y la falta de educación, él mirando por la ventanilla, «bastante tengo yo con mis problemas», se decía para sí. Cuando iban a llegar a la tercera estación el comedor, con mucho aparato, cerró su bolsa de pipas, se levantó, se sacudió las cáscaras de las piernas y se dirigió hacia la salida del vagón; una vez ya depositado en el andén y cuando el tren, cerradas las puertas, reemprendía su marcha, hizo bocina con las manos y gritó:

—Adiós vieja gorda hija de puta.

Pues, en efecto, la mujer que le había reñido estaba un tanto oronda.

Junto a él, en la fila de su derecha, viajaban varios adolescentes, chicos y chicas, cargados con sus mochilas; todos ellos, al oír la expresión, apenas si pudieron contener la risa, bufando como un neumático que expulsara gas. La mujer a la que había sido dirigido el insulto, azorada, se refugiaba en la contemplación del suelo. Uno del grupo de adolescentes simuló estornudar ruidosamente, y el final de su sacudida fue, dicho con mucha rapidez, «gordahijaputa», que todos los

del grupo celebraron con una gran risotada; apenas una chica, con un pequeño gesto, pero sin dejar de reír, le pidió al autor de la broma que callase y que disimulara, pero él, sin embargo, crecido, ya estaba preparándose, con mucho aspaviento, para otro espasmo:

—Gordahijaputa.

Leyó el nombre de la estación a la que habían entrado. Suspiró con alivio. La próxima era la suya.

Catorce

Cuando llegó del trabajo, apenas cerrar la puerta, se despojó de la chaqueta y salió a la terraza. Se sentó junto al pelícano y le acarició levemente la cabeza. Allí sentado, junto a aquel animal salvaje, «todo es mucho más sencillo», murmuró, y se dedicó a contemplar cómo la tarde, arriba el cielo azul y diáfano, arrancaba destellos de las antenas de los tejados.

De pronto, sonó el telefonillo del portal. «Algún repartidor de propaganda», pensó mientras se levantaba.

—¿Sí? —contestó.

—Policía Municipal —dijeron muy seriamente.

Les abrió y, no sabría decir por qué, le invadió un curioso afán por recoger y ordenar las cosas del salón, por llevar los vasos sucios, que había por allí dispersos, al fregadero, por vaciar el cenicero de colillas. Todo ello a toda prisa hasta que llamaron al timbre.

—Hola, buenas tardes, nos han avisado...

—Sí, sí, pasen, pasen.

—Con su permiso.

Los dos agente municipales iban vestidos con camisa azul de manga corta y sobre la cabeza lucían una gorra con el escudo del

Ayuntamiento. Uno rondaría los cincuenta años; el otro era muy joven, en torno a los veintidós, seguramente recién salido de la academia. El mayor obraba, era indudable, como jefe; el más joven se limitaba prácticamente a seguir sus pasos. Ambos, nada más entrar, se quitaron las gorras, que sostuvieron en la mano, y se dedicaron sin el menor reparo a observar la casa, girando la cabeza en todas direcciones, incluso acercándose, el jefe, a ver una foto sobre el televisor, mientras tanto él cerraba la puerta, pasaba por delante de ellos y «siganme, por favor» les indicaba el camino hacia la terraza. Ellos hicieron todo aquel camino, aunque muy breve, examinando cuadros y mobiliario.

—Pues aquí lo tienen —les dijo nada más desembocar en la terraza, extendiendo la mano en dirección al animal, tal que si presentara a una estrella de cine.

—Ya veo, ya veo —dijo el policía mayor, en lo que se acercaba al ave—. Parece un pelícano, tiene usted razón. ¿Verdad, Antonio?

—Sí, sí que lo parece.

—Es un pelícano, obviamente —se acuclilló junto a él—. En efecto, mírale el pico, Antonio.

—Un pelícano, no cabe duda.

—Un pelícano, sí señor.

El joven sacó del bolsillo de su camisa una pequeña libreta, extrajo luego un bolígrafo del bolsillo de su pantalón y comenzó a anotar (hablaba en voz alta mientras lo hacía): «Pájaro pelícano».

—Bien, ¿y qué le sucede? —le preguntó el mayor.

—Cómo que qué le sucede. Pues que está en mi terraza.

—Eso ya lo veo.

—Sí, pero entiéndame, no lo he traído yo. Ha venido él por sí solo a posarse ahí. Además, creo que está muy enfermo.

—Bueno, bueno, vamos por partes. Dice que no lo ha traído usted.

—No, no lo he traído yo.

—Dice también que ha venido por sí mismo a posarse en la terraza.

—Sí.

—¿Y eso cómo lo sabe usted?

—Porque es lo más lógico. ¿Cómo si no va a llegar hasta ahí? No es de creer que alguien me lo haya descargado con una grúa.

—Nunca se sabe. ¿Qué tal relación tiene usted con sus vecinos?

—¿Con mis vecinos? Pues normal. Hola y adiós.

—¿Y con el resto de la gente? ¿Tiene usted algún enemigo en particular?

—Pero oiga, qué enemigos... Yo soy una persona normal y trabajadora.

—A lo mejor alguien de su entorno ha querido gastarle a usted una broma. ¿No se le ocurre alguien especialmente bromista?

—No, nadie.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Bueno, entonces podemos descartar, en principio, la intervención de terceros. Apunta en la libreta, Antonio: descartada, en principio, la intervención de terceros.

—Oiga, ¿va a durar mucho esto?

—Durará lo que tenga que durar. Prosigamos. Dice usted también que el animal está enfermo.

—Eso creo yo.

—¿Y en qué se basa?, ¿se lo ve en la cara? —el agente más joven esbozó una sonrisa.

—No, no se lo veo en la cara, se lo veo en que el animal apenas puede moverse y al principio hasta respiraba con dificultad.

—¿A qué se refiere con “al principio”? ¿A cuando llegó a su terraza o después de haber llegado?

—Pues nada más llegar a mi terraza, imagino. En cuanto me fijé en él.

—Hay cierta diferencia. Puede ser que el animal viniera en perfectas condiciones y empezara a respirar mal después.

—Puede ser, pero no veo qué importancia tiene.

—Mucha. Puede ser que el animal estuviera sano y luego usted... ¿le dio algún golpe? —le preguntó de pronto el agente con la mirada esquinada.

—No señor.

—Tampoco sería muy extraño, por otra parte; yo, al menos, lo haría. Uno de estos golpes que se dan con la escoba para espantar a los bichos.

—Ni siquiera. Sí que lo intenté espantar, eso sí, pero golpearle físicamente no. Rotundamente no.

—Y esos intentos de espantarlo, ¿puede describirme usted cómo fueron?

—Bueno, vamos a ver —comenzó a frotarse las manos y dio a su voz un tono distinto, como de impaciencia contenida—, ahora me toca preguntar a mí. ¿Ustedes que han venido a hacer aquí exactamente?

—¿Nosotros? Hemos venido a tomar nota de lo que ha ocurrido y ver a qué tipo de intervención puede dar lugar.

—Vale. ¿Y no es bastante con anotar que ha llegado un pájaro salvaje, se ha posado en mi terraza, se encuentra enfermo y es necesario llevarlo a un lugar adecuado?

—No es tan sencillo. Tenemos que averiguar qué le ha pasado exactamente, el motivo de su enfermedad y, en fin, reunir toda la información que sea posible para que en el departamento correspondiente le asignen un lugar al que ir. Esa es otra —se pasó la mano por el mentón—, en la perrera municipal no creo que pueda alojarsele.

—Coño, pues llévenle ustedes al zoo.

—Desde que lo privatizaron, que yo sepa, ya no tenemos convenio con ellos. En fin, no se preocupe por eso, ya le buscarán un lugar. Ahora dígame: ¿qué años tiene usted?

—Treinta y dos —el agente más joven lo apuntó en la libreta. — Pero no veo...

—¿Tiene cargas familiares? Es para hacer el baremo de puntos — le explicó el agente mayor ante su cara de estupor— y establecer el orden de preferencia que hay que aplicar a su caso.

—Pues estoy separado de mi mujer. Tengo una hija, le estoy pasando una pensión. Mis ingresos, que seguro que me lo va a preguntar... —en aquel momento llamaron al teléfono del portal—. Si me disculpan — y pasó al interior.

—¿Quién es?

—Soy Alfredo, de Ayuda a la fauna salvaje —respondió una voz conocida—. Vengo con un veterinario.

—Es un veterinario —creyó oportuno decir a los municipales.

—Bueno, pues nosotros nos vamos. Ya hemos hecho el informe y pronto tendrá noticias nuestras —dijeron los municipales.

En el pasillo, los agentes de la autoridad municipal se cruzaron con el de Ayuda a la fauna, que venía acompañado de un señor muy serio, vestido además con camisa y pantalón oscuro, que portaba un maletín.

—¿Qué tal? —le tendió la mano Alfredo con una efusividad excesiva para quienes apenas se habían visto diez minutos. El apretón, sin embargo, fue igual de frío y resbaladizo. —Le presento a Juan Bonafill, un veterinario que colabora con nosotros.

—Encantado —le tendió la mano. Bonafill fue, este sí, rotundo y seco en el saludo; apenas una sacudida, como movido por un resorte. — Pasen por aquí, por favor.

Les condujo a la terraza.

—Ahí está el animal.

Bonafill se acercó hasta el ave, se acuclilló a su lado y comenzó a palparla. Tomó luego entre sus manos la cabeza. Al final se levantó y dijo:

—Está muy débil —tenía una voz grave y cavernosa.

Sentenciado lo cual, abrió el maletín que había dejado en el suelo, sacó una jeringa y un pequeño frasco y procedió a preparar una inyección.

—Voy a administrarle una vitamina —anunció con mucha propiedad.

—He estado pensando, señor Alfredo... —comenzó él a decirle al de Ayuda en acción; ambos contemplaban la maniobra del veterinario apoyados en un extremo de la terraza, con mucho interés.

—Tutéeme, por favor —se apresuró a interrumpirle Alfredo.

—Como quieras. He estado pensado que podrías hablar con tus conocimientos del zoológico para que ellos se hicieran cargo del animal; allí tienen instalaciones climatizadas, humidificadas, saben exactamente la comida y la cantidad que hay que proporcionar a los animales...

—Cierto, pero, por lo que sé, ellos tienen ya el cupo de animales completos. Me parece que están a tope.

El veterinario buscó un hueco entre el plumaje del ave y clavó la aguja.

—Sí, pero como suele decirse: donde comen cinco comen seis. No creo que para ellos suponga un esfuerzo extraordinario alojar a otro animal.

—No crea, amigo, no crea. Cada animal, por pequeño que sea, incluso una araña del terrario, supone un gasto, y al zoológico, desde hace dos años, le han congelado la subvención. Como lo oye, no sube ni por encima ni por debajo del IPC, y aún deben dar gracias que a ningún político se le ha ocurrido hacer recortes. Creo que ya estuvimos hablando de esto la vez que estuvo en el local: todos se preocupan mucho por la fauna y por los animales cuando se avecinan las elecciones, pero una vez han pasado éstas hay que sacarles, como aquel que dice, la subvención con fórceps.

—Perdone —les interrumpió Bonafill, mientras desenroscaba la aguja de la jeringa e iba guardando los instrumentos en su maletín—, ¿qué le da de comer al animal?

—Pues pescado azul —respondió un tanto cohibido, porque el tono grave del doctor movía a pensar instintivamente en una reprimenda—, sardinas, bacaladillas, cangrejos... Le confieso que lo más barato del mercado, no le voy a engañar, porque el animal come mucho y no es cuestión de tenerle a dieta de langostinos. Y de beber, como ve, le ha puesto al lado un barreño con agua del grifo, tampoco se la voy a dar mineral.

—¿Y nada más? —insistió Bonafill.

—¿Nada más? —hizo ademán de pensar—; bueno, sí, también le he dado un cacho duro de pan.

—¿De pan?

—Sí, señor —de pronto sintió uq tenía que compungirse—, un cuscurro que me sobraba...

—Pero ¿se ha vuelto usted loco? ¡Pan! —cerró el maletín casi de un manotazo—. ¿Usted sabe lo que eso le puede provocar?

—Fue un cachitín de nada.

—Pues sepa que puede ser causa desde un colapso digestivo, hasta de una crisis pancreática, o de una obturación de las arterias debida a la grasa. ¡Una hamburguesa! ¿A quién se le ocurre? —el hombre no salía de su asombro.

—Oiga, mire usted, ¿y yo qué se? Nunca me he visto en otra parecida. Yo he tratado de alimentar al animal como he creído conveniente, y si a alguien hay que echarle las culpas en último caso es a las autoridades, al ayuntamiento, a la ayuda salvaje —señaló, algo enfadado, al rincón donde se encontraba Alfredo— que no me han querido ayudar, ni se han hecho cargo del animal y más o menos todos se han lavado las manos en este asunto.

—Hombre —abrió los brazos Alfredo, en actitud de disculpa—, eso no es justo, nosotros estamos aquí.

—Quien no tenía que estar aquí es el pobre animal. Y sin embargo...

En aquel momento llamaron (¡otra vez!) al teléfono del portal. Con gesto enfadado fue a responder...

—¿Sí?

—¿Está ahí Alfredo Gómez? —le preguntó una mujer, joven a juzgar por la voz.

—¿Quién? —dudó.

—Alfredo Gómez.

—Es para mí —dijo de pronto Alfredo, el de Ayuda a la fauna salvaje, que se le había acercado por la espalda; sin pedirle permiso alguno le arrebató el auricular y preguntó: —¿Eres Natalia?

—Sí —se oyó al otro lado.

—Sube —y pulsó el interruptor.

—¿Quién es? —le preguntó mientras colgaba—; ¿alguna otra veterinaria?, ¿una bióloga?, ¿una experta en la fauna marina?

—No, son de la tele. Del programa “La ciudad en vivo”. Les he llamado para que vengan a hacer un reportaje sobre el pelícano.

—¡Pero qué me dice usted! ¿Con qué permiso...?

—¿No quiere usted que le solucionen el problema con el animal? Pues qué mejor que darlo a conocer, que se entere todo el mundo. Igual surge, como muchas veces suele suceder, un ciudadano que se quiere hacer cargo del ave, algún colectivo que se moviliza y lo adopta. Además, no le niego que también viene fenomenal para que se conozca nuestra lucha, la de los amantes de los animales, para que se vea con cuántos casos desesperados, con cuántos problemas nos las tenemos que ver cada día y el escaso apoyo que nos presta la Administración. Pero ya están aquí...

Porque, efectivamente, el bufido del ascensor al detenerse anunciaba la llegada al piso de los visitantes. Se abrió la puerta y allí

surgieron, casi enredándose con unos cables, una chica joven, extremadamente guapa, que blandía un micrófono, y tras de sus pasos, cargando con una pesada cámara que parecía a punto de dislocarle el hombro, un muchacho de aspecto desaliñado (prácticamente se le iban cayendo los pantalones) que no hacía más que mascar chicle. La chica les saludó muy amablemente («hola, soy Natalia, de “La ciudad en vivo”»); el de la cámara apenas si pronunció un sonido gutural.

—¿Pasamos adentro a ver al animal?, ¿sí? —dijo Natalia, que hablaba con ese tono amable, servicial, dulzón de las azafatas de congresos.

—Por supuesto, por aquí —dijo Alfredo, quien había tomado por completo la iniciativa.

Entraron en la casa y, pasando frente a Bonafill, que estaba procediendo a ordenar sus trastos veterinarios en la maleta mientras mascullaba para sí: «a cualquiera que se le diga, un mendrugo de pan», fue todo el grupo hasta la terraza. «¡Oh, qué bonito!», exclamó Natalia, como deshaciéndose en miel, apenas vio al animal. «¿A que sí?», la secundó Alfredo, y luego puntualizó: «es un pelícano blanco de Hungría». «¿Y qué hace aquí?», preguntó la reportera. «Pues ese es el misterio y el tema del reportaje». «Ah, ya, ya, ya, ya...», reaccionó Natalia, que no parecía tener muchas luces; luego, saliendo de su estupor y su petardeo monosilábico, le dijo de pronto al cámara: «Bueno, Germán, pues vamos a grabarlo. ¿Dónde me pongo?».

El cámara se echó entonces el enorme aparato al hombro, miró un par de veces por el visor y de pronto dijo:

—Ahí está muy mal el pájaro. Me pilla a contraluz. ¿No se podría poner en este otro lado de la terraza?

—Pregúnteselo al dueño —dijo Alfredo.

—Un momento —intervino él, que asistía a toda la escena en un segundo plano, apoyada en el quicio de la puerta de la terraza—, que yo no soy el dueño. Como mucho, el afectado.

—Bueno —dijo el cámara con tono desagradable; no parecía persona a la que le gustasen las palabras, los matices ni, en general, el trato entre congéneres—, ¿lo podemos traer a este otro lado sí o no?

—Yo —respondió él— no lo he movido desde que llegó, me da miedo porque parece enfermo, pero casi mejor se lo preguntamos a Bonafill, o como se llame, que no por nada es veterinario.

Pasó Alfredo adentro a preguntarle a Bonafill pero éste, al parecer, ya había cerrado su maletín, había cogido la puerta y se había largado. Seguramente fruto de la indignación; seguro que si en aquel momento de repente se cernía sobre todo un silencio absoluto se le podría oír al salir del portal, rezongando: «un mendrugo de pan, vamos que...».

—Pues no sé qué hagamos —dijo Alfredo—. No parece pesar mucho. Yo creo que entre los tres hombres que somos lo podemos coger en volandas y traer hasta aquí.

—No, no, me niego —dijo él tajante—. Está enfermo. Rotundamente no.

—Pero si es solo un segundo —terció el cámara.

—Igual hasta le viene bien un cambio de aires —insistió Alfredo.

—Que no, ya lo he dicho, que no. El animal se queda ahí. Si le da la luz de espaldas pues qué le vamos a hacer, bajamos a por un cartón y se lo ponemos detrás. O utilice usted unos filtros, ¿esa cámara tan moderna no tiene...?

—Chist, oiga, no toque usted la cámara —se revolvió Germán.

—Bueno, tranquilicémonos todos —se metió entre medias Alfredo, y con mucho tacto y suavidad le llevó hacia un rincón. —Ponga un poco de su parte, hombre. Es por su bien, y además por el del pelícano. Mire que si se enfadan se van sin hacer el reportaje.

—Que se vayan si quieren, pero el animal no se toca.

—Esta bien, está bien —y fue entonces a reunirse con los reporteros; les hablaba Alfredo en voz baja, en tono conciliador—; ¿y no quedaría bonito así, contra el fondo de una luz crepuscular? El pájaro blanco, la ciudad al anochecer... Yo pienso que le daría un tono poético, bastante plástico.

—Sí, puede ser —admitió Germán—, no es habitual pero se puede hacer.

—Ah, bueno, vale, pues grábame —y Natalia se apresuró a ponerse en el centro de la terraza.

—Espera —la frenó Germán—, antes tiene que caer un poco más la tarde, bajar el sol. Dentro de una hora u hora y media, calculo yo, que podremos grabar aquí.

—¿Tanto? —se disgustó Natalia.

—Mientras, puede hacerme usted la entrevista a mí, sentados allí dentro, en el sofá —se ofreció, exultante, Alfredo—. Luego la montan, la

ponen detrás de la toma del pelicano, y queda estupendo, ¿no? Ya verán, va a resultar muy bonito. Así el pelícano mientras se difumina el día, todo en un tono sepia, melancólico... Estoy deseando verlo. ¿Esto cuándo lo van a emitir?

Quince

Cerró la puerta a las espaldas de Germán, de Natalia, de Alfredo, quien, todavía en el umbral, le insistió en que llamaría a los del zoológico, a ver si podían hacerle un hueco al animal, aunque... Echó la llave y se dirigió a la terraza, para sentarse junto al pelícano y contemplar cómo el sol acababa de caer. Comenzaba una nueva noche de verano, espléndida, densa, plagada de aromas. Encendió un cigarrillo. Mientras miraba oscurecerse el cielo pasaba la mano libre, suavemente, por las plumas del animal; de pronto, sintió una brutal sacudida. Separó la mano instintivamente, se levantó y retrocedió también por instinto y se quedó mirando al animal.

Este, de repente, había tensado el cuello y sostenía totalmente erguida la cabeza. En aquella nueva situación y demostración de fuerza parecía estarle mirando fijamente, hasta que, sin motivo alguno, como si se desentendiera de él, torció la vista hacia el exterior, hacia la calle, en el preciso momento en que, sin duda con un soberano esfuerzo, procedía a aletear, a acomodar su cuerpo sobre un determinado punto para de repente, en un hecho maravilloso, mostrar el pecho, practicar dos fuertes aleteos (él lo contemplaba todo con la boca abierta) y alzarse de tal manera que quedó apoyado sólo sobre sus patas palmípedas.

Todo aquello mientras seguía mirando al exterior, como si hubiera obrado tal prodigio de forma distraída.

Él dudó entre acercarse o no al animal; tal vez entonces si resultara peligroso, tal vez pudiera arremeterle con el pecho, golpearle con la cabeza, atacarle con el pico. Sin embargo, poco duró de pie el ave, porque a los pocos segundos, como con cierta cautela, se dobló sobre sus patas y puso el pecho en el piso, acomodándolo con breves movimientos, como si se hubiera sentado a incubar. La cabeza, no obstante, si la mantenía erguida, en esta ocasión mirando hacia un punto indeterminado entre la terraza y él.

—Eres grande —se atrevió, entonces sí, a acercarse y pasarle la mano por el cráneo—, eres un campeón. Te has ganado un buen puñado de sardinas.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Temió que fuese alguno de los de la televisión, a quienes quizás se les hubiera olvidado algo. Miró por la mirilla, pero no: era la vecina de abajo, acompañada por sus dos hijas. Las llevaba tomadas de los brazos con marcada energía y resolución, como si fueran dos cestos a transportar. Abrió.

—Esto tiene que acabarse —se precipitó la mujer dentro de la casa, arrastrando a sus dos hijas, la mayor, de diez años, y la pequeña, de cuatro, tras sí—. Esto ya ha pasado de castaño a oscuro.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Que qué pasa? Esto pasa —y arremangó la vecina el brazo de su hija mayor. En un determinado punto podía verse la piel muy colorada.

—¿Y? —se encogió él de hombros.

—No se haga el tonto. Estos ronchones que tiene mi niña son por culpa de su pájaro. Le ha infectado algo.

—Pero, mujer, ¿cómo sabe usted lo del pelícano?

—Me lo ha dicho el portero. También me ha dicho que puede llegar a ser un animal peligroso. Ya he visto todo el trajín de policías y televisión.

—Bueno, eso es aparte. Sobre lo de su niño, no creo, la verdad, que se lo haya provocado el animal. La niña no ha tenido contacto con él. Ni siquiera ha estado en esta casa.

—Pero vivimos justo debajo, y estoy segura que la orina del pelícano se infiltra por los baldosines, porque será muy corrosiva, y cae sobre nuestro piso.

—Eso es absurdo. Para empezar los pelícanos no orinan.

—¿Cómo no van a orinar?

—No, señora. Ni los pelícanos ni ningún pájaro. Todo lo expulsan a través de los excrementos, que yo recojo en un cartón y limpio casi a diario.

—Pues entonces, ya me explicará usted cómo le han salido estos ronchones a la niña.

—No sé decirle. Algo que habrá comido.

—Oiga, ¿qué está insinuando usted?

—Nada. Sólo que, a lo mejor, la niña es alérgica a algo.

—Claro que es alérgica. A su pájaro. Así que haga usted el favor, si no quiere que llame a la policía, de deshacerse de ese animal.

—Llame, llame usted si quiere a la policía, verá que caso le van a hacer.

En aquel momento, la vecina se agitó asustada.

—¿Y mi Laura? ¿Y mi Laurita? —preguntaba por la hija pequeña, de cuatro años, quien se había escabullido al comienzo de la discusión y a quien, ciertamente, no se veía por el salón. —¡Ay, Dios, mi Laurita!

—Tranquila, mujer, tranquila; muy lejos no ha podido ir —la tranquilizó él, y anduvieron buscando a la niña por las habitaciones, por la cocina, en el baño. Al final la encontraron en la terraza, al lado del pelícano, acariciándole el plumaje con mucha suavidad. La vecina, según vio a su hija en aquel juego con el animal, corrió con profusión de chillidos a rescatarla.

—¡Apártate de ahí ahora mismo! —y a empujones la sacó de la terraza. Una vez dentro de encaró con él: —Una cosa le advierto: como de resultas de esto la niña coja alguna enfermedad, aunque sea una colitis, le salgan granos, se le caiga el pelo o algo así, le juro por Dios que subo a tirarle el pájaro por el balcón y detrás del pájaro va usted. ¿Me ha entendido?

—Claro que la he entendido. Pero le repito que los niños no corren ningún peligro con el animal... a no ser, claro, que acerquen demasiado la cabeza a su pico. En ese caso...

—¿En ese caso qué?

—En ese caso el animal abre el pico y mete dentro la cabeza del niño.

—¡Ahhhh! —gritó la vecina, y cogió del brazo a sus dos hijas. —
Vámonos, niñas. Es usted un sinvergüenza y un des... —no le salía la
palabra—...un descarado —dijo mientras abría y se despedía de un
portazo.

Dieciséis

—Así somos los humanos, amigo, un extraño género de mamíferos — hablaba con el pelícano mientras, al caer la tarde y ponerse el sol, le iba dando su ración de pescado. Habían pasado ya cerca de una semana desde que aterrizara en su terraza y el animal ya era capaz de sostener la cabeza erguida. Él le solía introducir la mayor parte de la ración en el pico; pero de vez en cuando el pelícano tomaba los pescados directamente del suelo, con ese movimiento de arrastrar la pieza y de pronto tomarla y embuchársela en el que había adquirido gran habilidad—. Una rara especie de primates que hacemos nuestros nidos en altura pero, al mismo tiempo, nos encanta horadar, romper, agujerear, llenarlo todo de zanjas y de baches. Vivimos en colonias, a veces de millones de individuos, donde vociferamos, golpeamos el claxon y damos portazos a nuestro sabor. Porque, sobre todas las cosas, nos gustan las que hacen ruido, tanto más si el ruido podemos hacerlo nosotros dando golpes con un palo, mejor que con las manos. También nos gustan mucho las cosas que brillan, las luces de colores, los focos parpadeantes, ante los que nos solemos quedar hipnotizados. Cuando tratamos entre nosotros nos agrada, más que nada, henchir el pecho, esponjar las plumas, hacernos los interesantes, simular saber

más de lo que en realidad sabemos, inventarnos noticias y dar pábulo a bulos con tal de que, a nuestro alrededor, nos miren durante unos segundos admirados. Todos, sin excepción, nos sentimos más sensatos que el común de los individuos, desde luego más sensibles que el de al lado, y posiblemente también más inteligentes; todos asimismo de pronto nos ponemos a cacarear, a agitar las alas, nos juntamos e intentamos pasar por encima de los otros cuando enfrente sitúan una cámara y sabemos que nos van a ver millones, o miles, siquiera cientos de congéneres a quienes no conocemos. ¿Qué más puedo decirte, amigo, de nuestras curiosas costumbres? Que nos encanta meter los dedos en la nata, tirar piedras a los ríos, para que explote el agua con sonido muy rotundo, hacer caminos en los montones de lentejas, y no podemos evitar mirar por encima de una valla, si nos queda cerca y está a nuestra altura, para ver lo que hay detrás. También sentimos una especial predilección por las cosas blandas y redondas y por los olores algo pútridos, como el del mar, como el de la fruta pasada, como el de la hierba segada, como el de las flores marchitas...

El sol se había ocultado ya del todo tras los edificios y la noche de verano, liviana y fresca, se extendía sobre la ciudad. Era sábado y al fondo podía verse el haz de luz que surgía del estadio abarrotado. Aprestando el oído, podía oírse incluso el estruendo mayúsculo que sacudía el estadio cuando se producía alguna jugada de peligro o se protestaba alguna decisión arbitral. Acuclillado junto al pelícano, cerró un momento los ojos y respiró con fuerza. Enseguida se notó capaz de abstraerse de todo eso. Capaz de oler el pinar que se extendía tras su

casa, allá en el pueblo donde transcurrió su infancia. Capaz de oler el aroma del mediodía, en las horas de mayor calor, cuando canta vigorosamente la chicharra; el olor dulzón de la resina al amanecer, entre la luz quebrada que, oblicua, rompe las sombras; el olor grave, pesado, solemne que parece caer, como un telón, de los árboles junto con la noche... En aquella semana, había desarrollado la facultad de oler, de sentir, de rememorar sensaciones físicas a voluntad; de pronto, todos esos recuerdos imprecisos que se conservan dentro de nosotros, en lo más oculto, y que alguna vez afloran a la superficie de manera incontrolada, él era capaz de conjurarlos a su arbitrio, y recordar sabores, olores, texturas y aun sensaciones físicas. De repente, se había convertido en un extraordinario placer sentarse junto al pelícano, contemplar la caída de la tarde y recordar a gusto. Le parecía haber despertado de un sueño profundo en que su vida se le iba deslizando sin consciencia de ella, le parecía sentirse de pronto más despierto y receptivo que nunca y si bien seguía sin comprender, de manera racional, poca cosa de la vida, se sentía, cómo decirlo, más sólido, más pleno, más integrado en el mundo.

Se quedó hasta bien entrada la noche en la terraza, observando atentamente el paisaje urbano que se extendía tras el pelícano. A las dos, poco más o menos, se fue a acostar.

Le costó trabajo conciliar el sueño. Un par de veces se levantó de la cama, porque le había parecido oír algo así como un estertor agónico, un graznido quebrado, el ruido de un cuerpo al caer inerte contra el suelo. Sin embargo, el pelícano seguía allí, tal como le había dejado,

como mirando con suma atención a través de los barrotes. Aún hubo de oír un tercer ruido, pero renunció a levantarse y al poco fue sintiéndose invadido por el sopor, hasta caer finalmente derrotado por el sueño.

Y soñó, intranquilo, que se hallaba en la cúspide de un monte, a sus pies podía ver un ancho campo, y de pronto saltó de la roca en que se hallaba subido, se lanzó al vacío y desplegó sus alas y advirtió que era capaz de sentir las diferentes brisas, cálida y fresca, que le ayudaban a descender y remontar; sintió asimismo la plenitud de planear con las alas extendidas, como parado en el aire, trazando círculos sobre el mar, que en tal se había convertido la superficie allá abajo, un océano sin límites a la vista en el que la espuma se iba escalonando en breves franjas blancas. La corriente le llevó en un determinado momento hacia arriba, donde brillaba un esplendente sol, y pudo sentir el calor de los rayos sobre su piel, en su plumaje, mientras bajo su pecho el vacío se tornaba esponjoso, acogedor y en torno de él reinaba un silencio vibrante; de pronto, y sin motivo, inclinó el ala y picó, casi en línea recta, hacia el mar a sus pies, de pronto sintió que descendía a una velocidad impetuosa hacia la superficie espejeante... el espacio en torno pasó a convertirse en un zumbido, el aire, sorpresivamente removido, parecía querer advertirle de algún peligro con bruscas ráfagas que le sacudían el plumaje. Caía, caía y, de repente, el océano se convirtió en un abrupto contorno de tejados, de azoteas, de agujas, de cornisas, de infinitos lugares en los que irse a estrellar. Cada vez más cerca los hierros, el cemento, el asfalto se elevaban hacia él en busca del impacto. Entre aquella maraña

amenazadora, una minúscula superficie, de pronto, pareció sobresalir y definirse, se convirtió súbitamente en el centro del espacio, en el vórtice de la caída; desde la altura, con creciente y vertiginosa claridad, podía distinguirse una pequeña terraza y en ella una bicicleta envuelta con una tela, un par de platos de cerámica, una lámpara a imitación de un farol marino...

Despertó sobresaltado, acongojado cuando ya su cuerpo rozaba el suelo tras precipitarse desde tamaña altura. Le costó unos segundos tomar conciencia de quién era y dónde estaba; luego, apenas recuperó su identidad, notó que el cuarto estaba teñido de una luz tenue: comenzaba a amanecer. Sacudido por la intranquilidad saltó de la cama, se calzó a toda prisa las zapatillas y salió a la terraza para comprobar el estado del pelícano.

No estaba.

En el rincón, vacío, quedaba el cartón, manchado de excrementos blancos, algunas plumas, escamas, restos de pescado... Se asomó a la calle, por si acaso el ave hubiera conseguido levantar el vuelo apenas metro y medio, el límite de la barandilla, y luego hubiera caído, exánime, sobre el toldo del bar de abajo, sobre los automóviles aparcados o sobre la misma calzada, un poco más allá. Pero no vio ni rastro de él; tampoco en las terrazas de alrededor, ni en los tejados que se iban quebrando hacia el horizonte... Le buscó por último en el cielo, todavía añil, por si acaso distinguía su figura, aleteando seguramente con torpeza, en precario equilibrio, cada vez más lejos.

NOTA BIOGRÁFICA DEL AUTOR

Nacido en Madrid en 1966, soy autor de novelas y cuentos. Como autor de cuentos, obtuve el primer premio en el III Certamen de relato corto que organiza el Ayuntamiento de Coslada, y el accésit en el año 2008 en el concurso de cuentos Gabriel Aresti que organiza el Ayuntamiento de Bilbao. Como novelista he publicado las novelas *Vida de Martín Pijo* (1999, 2ª edición en 2008) y *Matilde Borge, aviador* (año 2003). También he publicado artículos, reportajes, entrevistas y he ejercido de crítico literario para distintas publicaciones y revistas culturales.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

© Ediciones Katharsis 2012

